

FBI



CIVILIZACION PROHIBIDA

GERARD
WOREN

ASSASSINATOS
NA SELVA DO BRASIL



TRAICÃO
DOS INDIOS
OU CRIME
DE BRANCOS ?

GERARD WOREN

Civilización prohibida

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

CAPÍTULO I

TODO era como una gran sombra verde.

Y no existía el sol.

Ni las estrellas.

—¿Cansado, profesor?

Burguess Harnish dio un resoplido de asentimiento y se apoyó en el cómodo respaldo de tela de una silla plegable, estirando las piernas entumecidas por la dura jornada.

—Un poco. Los años no pasan en balde...

Wilmer Matthau, joven, atlético y de expresiva sonrisa, ayudante del profesor y experto en paleografía, se secó el sudor que resbalaba por su cara.

—Descansaremos aquí.

El calor era bochornoso, pegadizo.

Y los mosquitos un suplicio, un asedio negro y punzante.

—¿Qué hora es?

—Las siete, profesor.

—Debe faltar una hora o más para que anochezca. Podíamos continuar un poco más.

—¿Se siente con fuerzas?

—Tenemos que estar muy cerca. Y saberlo es un aliciente que anula la fatiga, Wilmer.

Bhe Shields, otro componente de la expedición, analizaba con detenimiento un gran mapa, trazando meticulosamente con un bolígrafo el trayecto recorrido durante el día.

Apenas unas millas, pero un paso más hacia el punto de destino, señalado con una gran equis.

—¿Qué tal, Bhe?

El hombre abandonó su posición de cuclillas y apagó la gran

linterna que le había ayudado con su resplandor.

—Estamos casi en el punto exacto, profesor Harnish. De ahora en adelante deberemos avanzar con mayor prudencia y tal vez incluso establecer ya un campamento provisional para movernos con mayor facilidad.

—¿Estás seguro?

—Todo lo que humanamente se puede estar después de haber recorrido millas y millas en este infierno de maleza y árboles. Si no nos hemos desviado y el cálculo del terreno recorrido es más o menos aproximado estamos muy cerca del lugar elegido, profesor.

Burguess Harnish se incorporó con esfuerzo y echó una anhelante mirada en torno suyo.

Estaban en un babazual espeso y húmedo, rodeados de espesas sombras y el sol de la tarde llegaba hasta ellos como una especie de luminiscencia verde, muy apagada.

—Son treinta años, Wilmer —dijo, suspirando—. Treinta años, casi una vida... Y ahora cuando se está cerca del final se tiene la rara impresión de haber estado perdiendo el tiempo lastimosamente.

—¿Lo dice en serio?

—Esta selva desanima, embrutece... No va a resultar un trabajo fácil y luego, si no se tiene suerte, se ha fracasado del todo. Me da miedo cada paso, cada segundo...

—Debe animarse. Estoy seguro de que descubriremos algo sensacional, algo nuevo...

—Tu juventud te hace ser excesivamente optimista, Wilmer. Muchos hombres como yo han dedicado su vida entera a la arqueología. ¿Y sabes lo que han obtenido?

Wilmer Matthau guardó silencio.

Aquellos momentos de depresión física eran ya muy usuales en el profesor Harnish.

—Han publicado varios libros llenos de audaces hipótesis y conjeturas. Hojas y hojas escritas con pulso tembloroso, a costa de su salud y su sangre, para después encuadernarlas, ponerles un título comercial que despierte la curiosidad y ver finalmente su trabajo en algunas bibliotecas. Libros olvidados, cubiertos de polvo...

—Ya es algo.

—No es nada, querido Wilmer.

—No estoy de acuerdo. Nosotros hemos consultado muchos de esos libros abandonados, nos han orientado...

—Eres un gran muchacho.

Bhe Shields guardó el mapa en el bolsillo superior de su camisa.

Cuatro nativos de la cuenca del río Tapajoz, hombres musculosos y serviciales aguardaban las oportunas instrucciones, dispuestos a seguir adelante con el equipo a cuestas.

Floriano Linhares, mulato, muy delgado y manejando un machete con habilidad encomiable para liberar de maleza y obstáculos el difícil camino, se unió al grupo de expertos.

—Los hombres están muy cansados, señor Matthau. Yo recomendaría descansar aquí si es posible.

Burguess Harnish asintió con la cabeza.

—¡Bhe!

—¿Sí, profesor?

—Vamos a establecernos. Que los hombres descarguen todo el equipo y monten el campamento. Vamos a elegir este lugar como base de operaciones y que Dios nos ayude.

—Nos ayudará —sentenció Wilmer Matthau—. Las fotografías aéreas logradas no admiten duda, profesor. Hay ruinas arqueológicas por esta zona y las descubriremos. [1]

—Se ha invertido mucho dinero en esta expedición y en sus preparativos, Wilmer. Bien sabe Dios que no quisiera tener que regresar con un fracaso a cuestas.

—¿Hemos perdido antes alguna vez?

—Depende como se quieran ver las cosas. Lo que ahora estamos buscando es excesivamente ambicioso. Ya no se trata de demostrar que en el corazón de América existen claros indicios de escritura fenicia o que las cerámicas que hallamos en el Amazonas son similares a las de Oriente. Quiero algo más consistente, Wilmer. Algo más valioso.

—Lo que todos andan buscando. Nada más y nada menos que el origen de las civilizaciones antiguas de América.

—Exacto.

Floriano Linhares, arrodillado, sin soltar el afilado machete, escuchaba atentamente las palabras de ambos hombres.

Su rostro mostraba una huella sombría y preocupada.

—Puedo asegurarles que nadie desde hace muchos años ha penetrado tanto en el interior de estas tierras.

—También es cierto que nadie ha tenido la fortuna de tropezar con un hombre llamado Floriano Linhares —concretó Bhe Shields, en tono de alabanza.

—No me agradezcan nada. Todo se lo deben a los hombres que nos acompañan.

Burguess Harnish miró con simpatía a los cuatro fornidos nativos mientras descargaban toda clase de útiles para una excavación.

—Procurad que estemos lo mejor posible.

—Despreocúpese, profesor. Eso es cuestión de Bhe y mía —dijo Wilmer Matthau—. Mañana mismo empezaremos a trabajar de verdad. Palmo a palmo, centímetro a centímetro, si es necesario.

—Tampoco tenemos mucho tiempo, Wilmer.

—El suficiente.

—Vuestro optimismo compensa con creces mi poca confianza. Es una suerte tener dos colaboradores tan jóvenes y efectivos.

Bhe Shields enarcó las cejas.

Se trataba de un hombre corpulento, de apariencia introvertida y cuya edad rozaba los límites de los cuarenta años.

—Cualquiera que le oyese, profesor, creería que apenas tenemos veinte años.

—Ésa es la edad de vuestro espíritu.

Wilmer Matthau sonrió al escuchar la respuesta, se estiró comedido para relajar los músculos y luego se fijó en el oscuro semblante del hombre que había hecho posible la expedición con su eficaz ayuda.

—¿Qué le preocupa, Linhares?

—Nada —negó el mulato.

—¿Está seguro?

El brasileño se encogió de hombros y trató de sonreír para no preocupar a los tres científicos.

—Son tonterías. Simples resquemores de un nativo que todavía cree en brujas.

—¿Se refiere a esa bella teoría de una ciudad iluminada por las noches dentro de esta selva?

—Tal vez sólo sea un mito.

Bhe Shields se echó a reír con franqueza.

—Si encontrásemos algo semejante nos volveríamos locos de gozo, Linhares.

—¿Usted cree?

—No hay país o región del mundo que no tenga un secreto maravilloso por desvelar —puntualizó Wilmer Matthau, con voz reposada—. Lo triste de todo eso es que nada hay de cierto o que se pueda comprobar.

Floriano Linhares torció el gesto, desclavó el machete del suelo y se dispuso a trabajar.

—Procuraremos abrir un claro para establecer el campamento con mayor amplitud.

Burguess Harnish se levantó y respiró hondo.

Ni un rayo de sol.

Y aquella penumbra verde y sofocante tenía la virtud de deprimir físicamente, para ensalzar al mismo tiempo la imaginación.

Todo era oscuro, fascinante, tortuoso...

Y muerto.

Pero con una muerte que protegía la vida y el misterio apasionante de los siglos.

Wilmer Matthau y Bhe Shields se afanaron en el trabajo con vitalidad, ayudando a los cuatro indígenas.

Y la noche, sombras más densas de verde oscuro, fueron cayendo mansamente sobre la selva y los hombres.

La vegetación se espesaba y caía una suave lluvia.

Las palmeras babacu iban disminuyendo en número, pero la selva, impenetrable y salvaje, no perdía fortaleza ni obstáculos.

Abundaban muestras de «massaranduba», surgían las «jarinas» con la dureza córnea de sus ramas y troncos...

Sudando copiosamente, con las ropas empapadas de fina lluvia que se descolgaba de las ramas, Wilmer Matthau y Bhe Sielts trabajaban afanosamente con herramientas y manos para abrirse paso.

Los rostros mostraban una excitación febril, casi angustiosa...

Un nativo había descubierto horas antes una formación rocosa entre la maleza y el descubrimiento, dos días después de haberse establecido el improvisado campamento, había sacudido las

entrañas de los científicos hasta sus más hondas raíces.

Más atrás, al margen de la ardua labor, Burgess Harnish temblaba de emoción, maldiciendo su escasa capacidad física y dando rienda suelta a su imaginación.

Tal vez sólo fuese una simple formación rocosa de tipo natural...

O acaso ruinas.

Ruinas hundidas en el espesor salvaje de la selva desde hacía miles de años.

Un secreto.

Un enigma.

Algo sobrecogidos por la inusitada vehemencia de los científicos, casi asustados, los cuatro indígenas participaban en los trabajos con visible temor, alentado en su lengua por las palabras serenas y oportunas de Floriano Linhares.

Al sudor se unía el agua templada de la lluvia.

Con algunas heridas en las manos, producto de rasguños, pero sin reparar en el escozor y la sangre, Wilmer Matthau dio el primer grito anunciador de que el objetivo estaba a su alcance.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Burgess Harnish se abrió paso con vehemencia.

—Enciende las lámparas, Bhe.

Wilmer Matthau estaba arrodillado cuando el profesor llegó a su altura, temblando como un chiquillo.

—¡Déjame ver! ¡Déjame ver!

Era una formación de tres o cuatro pies de altura.

Algo semejante a una pared que la erosión del agua y los elementos no había podido edificar con tanta perfección.

—¡Bhe!

Bhe Shields se acercó portando dos lámparas.

Las piedras estaban perfectamente delimitadas, colocadas unas sobre otras y proyectadas en una extensión de varias yardas.

Era una pared.

Tal vez los restos de un edificio derruido.

—¡Profesor!

—¡Dejadme ver!

Las manos del científico se deslizaron por las piedras húmedas y cubiertas de moho.

Buscaba una inscripción, una huella humana...

—¿Qué es?

—No lo sé. No lo sé...

—¡Cálmate, Bhe! —aconsejó Wilmer Matthau, portando una de las lámparas y mirando por encima de la cabeza del profesor.

La agitación de los tres hombres era tan enorme que hasta Floriano Linhares se apartó del lugar para dejarles desenvolverse a su antojo.

Diez minutos después, con las manos manchadas y respirando agitadamente, Burgess Harnish se incorporó con una pequeña decepción reflejada en su cara.

—Hay que trabajar más, quitar toda la maleza que podamos y sobre todo orientarnos desde otros puntos en el trabajo.

—Pero...

—Puede ser algo importante.

Bhe Shields ocupó el lugar dejado por el profesor, pero desistió de su intento unos minutos después.

Tenía los ojos brillantes y los labios entreabiertos.

—¡Son ruinas! ¡Podría jurarlo!

—No te precipites, Bhe. He visto formaciones más perfectas que sólo han sido modeladas por la naturaleza. Es prematuro emitir un juicio...

—¿Qué opinas tú, Wilmer?

Wilmer Matthau se encogió de hombros.

Estaba tan nervioso o más que sus compañeros de expedición.

—Hay que trabajar y no hacernos ilusiones. Toda esta zona parece más abrupta.

—¡Exacto! —rugió Bhe Shields, al límite máximo de su emoción

—. Y más abrupta significan rocas, piedras, construcciones...

Floriano Linhares se les unió con gesto comedido y sin querer interrumpir.

—¿Qué piensa usted de esto, Linhares?

—Pueden ser «jarinas» solidificadas. Esas palmeras son duras...

—¡Dejemos de especular! ¡Hay que trabajar a todo ritmo! ¡Si nos damos prisa conseguiremos saber algo antes de que anochezca!

Bhe Shields asintió con vehemencia y miró hacia los recelosos nativos que se habían apartado del grupo.

Y sólo entonces, sólo al fijar sus ojos en los indígenas, advirtió que algo anormal ocurría.

Los cuatros hombres estaban agrupados, convertidos en un racimo humano de piernas y brazos y con el miedo mordiendo sus entrañas.

Y más allá, repartidos entre la maleza, otros hombres, seres ajenos a la expedición, les contemplaban en silencio.

—¡Wilmer!

Wilmer Matthau se volvió al oír la llamada angustiosa de su compañero.

CAPÍTULO II

A Burton Page no le gustaba mucho los desplazamientos aéreos.

El ruido apagado de los motores le recordaba la íntima sensación de vacío bajo los pies, a cinco mil metros de altura, y la aparición esporádica de los acerados alerones del avión le producía una inquietud que no podía reprimir pese a su experiencia en vuelos.

Fumaba incansablemente desde hacía casi dos horas.

Cigarro tras cigarro, sin consumirlos del todo, de forma mecánica e inconsciente y sobre todo sin paladear el sabor del tabaco que ya se apelmazaba en su boca reseca.

Y la tensión nerviosa de las últimas horas tenía caracteres abrumadores. De Nueva York a Miami.

De Miami a Belem.

De Belem hacia Santarem, en dirección al interior del país, sobrevolando invariablemente la enorme extensión de tierra formada por la frondosa cuenca del Amazonas.

Un viaje de miles de millas a caballo de las frágiles nubes.

Una delicia.

Burton Page echó una preventiva mirada a las alas del avión del Correo Aéreo Nacional, a través de las ventanilla del asiento que ocupaba, y luego un vistazo superficial al lejano horizonte, cubierto de vegetación, de la margen izquierda del río.

Todo era verde.

Verde salvaje.

Cinco asientos más adelante, en amigable y esperanzadora charla, su compañero de fatigas Wyatt Davenport no tenía tiempo para meditar sobre las posibles y amargas consecuencias de un accidente.

El único peligro vivo en su mente tenía cabello rubio y un perfil de rostro muy agradable, pálido y con las mejillas salpicadas de graciosas pecas.

Burton Page suspiró hondo y encendió otro pitillo, distrayéndose en imaginar la serie de encantos físicos de que debía disponer la muchacha para que Wyatt le hubiese abandonado prácticamente desde el momento de remontar la pista del aeropuerto de Belem.

Probablemente, conociendo los escrupulosos gustos de su compañero, tendría las piernas largas y torneadas, los pechos pequeños y la dentadura muy blanca.

Y no era muy descabellado suponer que su conversación resultaría amena y femenina si se juzgaba por la fluidez del diálogo que ambos mantenían sin visos de concluir.

Una bocanada de humo.

Otra mirada al vacío.

—Precioso, ¿eh?

Burton Page miró al individuo que se había sentado a su lado inesperadamente.

—¿Qué?

—Me refiero al río —se explicó el hombre—. Puedo asegurarle que no hay nada comparado al Amazonas.

Era un tipo grandón, algo grueso y con la piel muy roja.

—A mí no me gustan los aviones y creo que a usted le sucede lo mismo ¿no?

—Veo que es un buen observador...

—Cuando se fuma tanto y un hombre no se está quieto en el asiento es que tiene miedo o simplemente precaución. Yo ya he fumado seis cigarros.

—Entonces le gano. Éste es el noveno.

—¿Ha volado poco?

—Se equivoca en eso. Muchas veces.

—Me llamo Rudolf Kordt.

—Burton Page.

—Es un placer.

—Su nombre...

Rudolf Kordt mostró una sonrisa rara.

—Soy alemán.

Tenía los ojos muy cargados, con grandes ojeras que le daban

apariencia de cansancio y un matiz gris fuerte.

Tras una pausa añadió:

—Creerá que soy un entrometido, pero desde hace bastante tiempo estaba deseando hablar con alguien, ¿sabe? Charlando se distrae uno un poco y no le da tanta importancia a la altura...

Burton Page pensó inmediatamente en Wyatt Davenport y en la muchacha de las mejillas pecosas.

No había tenido la misma suerte que su compañero, pero la presencia de Rudolf Kordt y una supuesta conversación en ciernes podía suponer una especie de sedante.

—Su amigo ha tenido mejor suerte, ¿eh?

—Eso parece.

—Es una muchacha estupenda a simple vista. Creo que están congeniando...

Burton Page sonrió con suavidad y apagó el cigarro.

—¿Vive en Brasil?

Rudolf Kordt se apresuró a contestar, intentando que el diálogo recién trabado no se enfriase.

—Sí. Ya hace algunos años que resido en este país. ¿No había estado usted antes por aquí?

—No. Es la primera vez.

—Le encantará, aunque ha elegido una parte de la nación que tiene muy pocos atractivos para un hombre joven como usted. Debería haber elegido la costa. Pernambuco, Paraíba o simplemente Bahía tienen lugares mejores que el Estado de Pará. Aquí únicamente cabe tener en cuenta el Amazonas y saber que hay noventa y dos millones de hectáreas que son simplemente selva virgen.

—No vengo en viaje de placer, señor Kordt.

—Lo suponía. ¿Algún negocio en particular?

—Algo de eso.

—Déjeme que lo adivine.

El alemán se quedó pensativo unos segundos.

Luego, masticando la palabra, dijo simplemente:

—Caucho.

Burton Page se hubiese echado a reír de buena gana si no hubiese tenido la ocurrencia de mirar nuevamente hacia los alerones del avión, refulgentes como sables bajo el sol del trópico.

Rudolf Kordt prosiguió animadamente:

—Usted es americano, un empresario o un técnico... Y en Santarem, hacia el Sur, sólo el caucho o alguna especie de látex en especial puede resultarle interesante. Paré no ofrece otras cosas que justifiquen el desplazamiento de dos personas desde Norteamérica.

—¿Usted cree?

—Al menos eso pienso. Opino que tanto usted como su afortunado amigo son demasiado jóvenes todavía para sentirse atraídos por la arqueología o cualquier ciencia similar. Nada de investigadores científicos, ¿verdad?

—Nada —respondió Burton Page, moviendo la cabeza.

—¿Fallé también en mi primera respuesta?

—Anduvo cerca.

Burton Page se había mostrado esquivo repentinamente.

Su vecino de asiento sacó un cigarro y guardó un prudencial silencio al darse cuenta de la reservada actitud de su interlocutor, menos locuaz que al principio.

—¿Quiere un pitillo?

—No, gracias.

—Soy un curioso impertinente y tal vez no debí hacerle hablar de sus negocios. Tengo ese pequeño defecto...

—No se preocupe. No tiene importancia. En realidad mi trabajo tiene relación con el látex.

Rudolf Kordt se animó de nuevo inconscientemente en apariencia.

—¿Agave?

—No.

—¿Tal vez Guaxima?

—No.

Burton Page se dio cuenta de que estaba pisando terreno resbaladizo ante la amplitud de conocimientos que el alemán demostraba dentro del campo de la extracción vegetal.

—¿Falta mucho para llegar a Santarem?

—Una hora aproximadamente.

—¿Qué tal es la ciudad?

—Nada del otro mundo. Y me atrevo a pronosticarle que se aburrirá soberanamente si esa muchacha de pecas no tiene una amiga.

Rudolf Kordt era un gran observador, al haberse percatado durante el despegue de la relación entre ambos hombres.

Y también, en el fondo, mostraba un interés sospechoso.

Ambas cuestiones habían puesto en guardia a Burton Page y procuraba por todos los medios que la conversacion derivase hacía temas totalmente intrascendentes.

—¿Me recomienda algún lugar en especial?

—Si no resultase un tópico le aconsejaría que visitase Río de Janeiro durante el carnaval, pero hay en Brasil otra cosas mejores que la gente desconoce.

—¿Por ejemplo?

Rudolf Kordt dio un respingo.

—Cualquier playa que no sea Copacabana.

—Le aceptaré el cigarro que me ofreció antes.

—No faltaba más.

Un encendedor.

El resplandor diminuto de una llama azulada y una bocanada de humo.

—¿Cómo es que siendo alemán vive en este país?

—Sustento la opinión de que en el mundo no debe haber fronteras —sonrió el hombre, achicando los ojos y plegando la frente de arrugas—. Una simple teoría muy lejos de la realidad, pero que personalmente llevo a la práctica siempre que puedo.

—¿Viaja mucho?

—Probablemente menos que usted.

Fue una respuesta ambigua, un poco recelosa.

Burton Page se echó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos, dando un respingo.

Estaba deseando estirar las piernas y poder tomar un buen «*whisky*» con los pies firmemente asentados en el suelo.

Luego, echándose nuevamente hacia adelante, se atrevió a mirar por la ventanilla con detenimiento.

Se divisaba el Amazonas, semejante a una serpiente delgada y ondulada que se arrastraba sobre un tapete verde.

Y selva.

—Le impresiona ¿verdad?

—Mentiría si dijese lo contrario.

—Esto que ve es sólo una muestra. Hacia el sur ese verde es

como una especie de destello vivo. Azul de cielo y verde de selva. No hay otra cosa, amigo.

—¿Hay salvajes?

Rudolf Kordt se encogió de hombros.

—¡Ni se sabe! Hay algunas plantaciones en las orillas de los ríos, pero el interior está sin explorar. Virgen como una doncella y totalmente inexpugnable al parecer.

—Misterios ¿eh?

—Peor —matizó el alemán.

—¿Peor?

—Hay una especie de tradición o de leyenda con respecto a esas tierras. Nadie que entra vivo, sale a la civilización para poder contarlo. No sé si será cierto o no, pero se habla mucho de ello.

—¿Qué cree que puede ocurrir?

Burton Page había invertido los papeles y la curiosidad le brillaba en la mirada oscura de sus ojos.

—Sólo puedo hacer suposiciones. Avanzar en esas selvas es trabajo de titanes y una vez dentro se dice que incluso hay lugares a dónde no llega el sol por la vegetación tan enorme que existe. Debe ser una especie de laberinto verde, sin salida, un mundo fascinante en donde tal vez los hombres se vuelvan locos.

—Una buena brújula puede echar por tierra su hipótesis de que los hombres puedan perder el sentido de la orientación y vagar ahí dentro hasta quedarse sin recursos.

—Aunque le pueda parecer mentira no hay siquiera mapas topográficamente bien estudiados. El sur de esta región es desconocida y un señuelo poderoso para toda clase de estudiosos e investigadores. Y en mi opinión pierden lamentablemente su valioso tiempo y su salud.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Es una selva enorme, pero sólo una selva. Buscarle tres pies al gato metiéndose dentro no deja de ser una tontería. Sólo la fauna animal y la flora pueden reunir un interés científico que valga la pena.

—Parece muy seguro de lo que dice. ¿Acaso ha entrado alguna vez?

Rudolf Kordt le miró con una sonrisa despectiva.

—Ya le he dicho que no sale nadie. De haberlo intentado no

estaría hablando con usted.

—Apasionante. Como una vieja novela de aventuras.

—Yo no le veo emoción por ninguna parte.

Burton Page enarcó las cejas y se sumió en otro silencio.

Aquel hombre tenía algo especial que no acertaba a identificar plenamente.

Categorico en sus afirmaciones, a veces curioso y en general muy poseído de sí mismo.

Y sobre todo perspicaz e intuitivo, como lo demostraba el hecho de que les hubiese adjudicado inmediatamente la nacionalidad americana sin conocerles.

Eran detalles insignificantes, pero detalles al fin y al cabo.

Burton Page, tras recapacitar, decidió pasar a la ofensiva.

—No me ha dicho si vive en Santarem.

—Temporadas muy cortas. Visito algunos clientes, trato de obtener algunos otros y por lo general viajo por todo el país, pero rara vez uso el avión si hay buenas comunicaciones por carretera o ferrocarril. Soy agente de seguros.

—¿De vida? —preguntó Burton Page, mordaz.

—Y de otros ramos —concluyó Rudolf Kordt, sin enfadarse por la pregunta—. Si estuviesen muchos días en Santarem me gustaría poder invitarles a comer.

Era una contraofensiva.

Un ataque ingenioso para dejar su persona y sus ocupaciones al margen y volver al interés por su interlocutor.

—Santarem es sólo una capital de paso. Mi amigo y yo vamos hacia Fordlandia.

—¿Río abajo?

—Tengo entendido que no hay otro camino mejor.

El semblante de Rudolf Kordt se había oscurecido pese a su tono sonrosado, casi sanguíneo.

Pero sólo fue una turbación pasajera, tan momentánea que Burton Page apenas pudo captarla.

—Allí hubo hace tiempo buenas plantaciones de caucho.

La fluidez de la conversación fue perdiendo intensidad.

Algunas palabras sueltas, comentarios superfluos...

Rudolf Kordt volvió a su asiento al anunciarse por la azafata la inminencia del aterrizaje, dando instrucciones en el sentido de que

no se fumase.

Burton Page se ató el cinturón de seguridad y se agarró a los brazos del asiento.

Una especie de vacío, un suave deslizamiento y unos minutos después el avión estaba detenido en la asfaltada pista del aeropuerto.

Wyatt Davenport se le acercó con una sonrisa de culpabilidad y de disculpa.

—Lo siento, Burton.

—¿Me dejas sólo esta noche?

—Eso quisiera yo. No he conseguido ni el número de su teléfono.

Burton Page abrió la boca mostrando perplejidad.

—¡Wyatt!

—¿Qué?

—¿Puedes decirme de que habéis estado hablando durante tanto tiempo?

—De su teléfono.

Wyatt Davenport recogió su maletín de viaje, arrugó la nariz en gesto dirigido a su sorprendido compañero y se dirigió hacia la puerta del avión y la escalinata recién adosada.

A sus espaldas, desabrochándose todavía el cinturón, Rudolf Kordt les estaba mirando.

De nuevo había en su semblante una sombra extraña de inquietud.

Consiguió alcanzarles cerca de la salida.

—¿Dónde se van a hospedar? Con un poco de suerte tal vez les pueda ver esta noche e invitarles a un *whisky* en algún lugar interesante.

Burton Page hizo las presentaciones y le entregó una tarjeta con la reseña del hotel que iban a ocupar.

—Saldremos temprano para Fordlandia, señor Kordt.

—No les haré trasnochar mucho.

—Gracias. Y hasta pronto.

—Adiós.

Wyatt Davenport le preguntó:

—¿Quién es ese tipo?

—Un viajero que te sustituyó durante el viaje, Wyatt.

—Ya.

La muchacha de las mejillas pecosas estaba a su lado, cumpliendo los requisitos previos a la recogida de su equipaje.

Burton Page quiso ser burlón.

—¿No vuelves a la carga?

—No. Perdí la batalla.

—Es una verdadera pena...

La muchacha pudo captar la conversación y se volvió ligeramente para mirar a Burton.

Tenía los pechos pequeños, las piernas largas y moldeadas, los dientes muy blancos y una sonrisa que parecía nacer del cielo.

Y en sus ojos claros, nórdicos, una expresión cautivadora que alcanzó su máximo esplendor al sonreír de forma coquetona e insinuante en beneficio exclusivo de Burton Page y como último agravio a la masculinidad de Wyatt Davenport.

—Lo siento, muchacho. Realmente no eres su tipo...

CAPÍTULO III

JUAN Pessoa reunía en su persona todas las características propias del tipo medio sudamericano.

De estatura media, muy moreno, fibroso y con una cadencia singular en sus movimientos a cuyos detalles había que unir una mirada muy oscura y un pelo negro, entrecano ya por las sienes.

Vestía un traje claro, de tela ligera y corte clásico, con zapatos de color blanco y enrejillados.

—¿El señor Pessoa?

El brasileño bebió un sorbo de agua tónica en un gran vaso lleno de hielo y miró a los dos hombres que preguntaban sin moverse de la silla que ocupaba.

La terraza del hotel, un edificio de cuatro plantas y muy extendido en plano horizontal, estaba situada cara a la brisa refrescante del río y un conglomerado de raras palmeras.

Era ya de noche, pero algunas luces colorinescas alumbraban con profusión de tonos el suelo cubierto de baldosas.

—Yo soy.

Burton Page le mostró su identificación.

—¿Podemos sentarnos?

—Desde luego. Estaba esperándoles.

Su inglés no era muy perfecto al arrastrar excesivamente las sílabas, pero podía entenderse sin gran esfuerzo.

—¿Quieren beber algo?

—*Whisky*.

Wyatt Davenport pidió un café helado y se repantigó en la silla de mimbre.

—¿Tuvieron buen viaje?

Burton Page miró a su compañero con sorna y seriedad en agudo

contraste.

—Perfecto, señor Pessoa.

—Me alegro.

Hubo una pausa.

Luego fue Wyatt el que tomó la iniciativa yendo directamente al grano.

—¿Qué puede decirnos del caso?

—Nada o muy poco. Sólo asegurarles que no se trata de un secuestro de caracteres políticos. El profesor Burgess Harnish ha desaparecido con el grupo de hombres que le acompañaban y no nos ha sido posible localizar su rastro. Puedo darles en nombre de mi gobierno plenas garantías de que se ha hecho todo lo posible y desde luego que no han concurrido factores extraños.

Burton Page se apartó ligeramente para permitir que el camarero sirviese las bebidas solicitadas y luego encendió un cigarrillo con gesto calmoso.

La penumbra existente en la terraza, el brillo blanco de las estrellas y el silencio templado de la noche, eran referencias ambientales más propias para dialogar a media voz con una mujer hermosa que con un funcionario del gobierno brasileño, que se veía en la desagradable obligación de dar cuenta de la desaparición de un relevante científico norteamericano en el país.

—Hemos venido con el único propósito de ayudarles en cuanto podamos para encontrarle, señor Pessoa —puntualizó Burton Page, al percatarse de la tirantez del policía—. Cualquier otro aspecto que no sea su búsqueda entra de lleno en la vía diplomática y nosotros no acostumbramos a intervenir en esas cuestiones.

—Dos agentes del F.B.I., especialmente comisionados por el gobierno de Washington, ponen en tela de juicio nuestra efectividad y dan lugar a serios malentendidos.

—No le comprendo.

—Desconfianza, señor Page.

—Se equivoca. No se trata de eso.

—¿Está seguro?

—El señor Harnish es un buen científico en nuestra nación y es lógico que nuestro gobierno adopte todas las medidas necesarias para conocer lo que haya podido sucederle.

Juan Pessoa bebió otro trago, sin que su ceño arrugado perdiese

tensión.

—Llevamos buscándoles casi una semana. Hemos recorrido las dos orillas del río Tapajoz hasta una distancia de doscientas millas, mucho más allá de Fordlandia incluso.

—Eso es un vasto territorio y siete días apenas dan margen para una plena seguridad.

—No hemos desistido aún.

Wyatt Davenport tomó un sorbo de café y se inmiscuyó en la conversación de ambos hombres.

—¿Qué puede haberles sucedido en su opinión?

—Tal vez un accidente. No encuentro otra causa lógica que pueda justificar su ausencia. Y les ruego que descarten totalmente cualquier otra suposición.

—¿Se refiere a un posible secuestro?

—Exacto.

Burton Page lanzó una gran bocanada de humo y se quedó mirando hacia la espesura y la noche mientras su compañero continuaba la conversación.

—Por desgracia los secuestros de políticos y en otras ocasiones de personas relevantes están a la orden del día en muchos países y Brasil no es una excepción precisamente, señor Pessoa.

Juan Pessoa se entretuvo en mover el hielo que no se había consumido en el vaso para calmar su visible agitación.

—No deseo discutir ese punto con ustedes, pero hay un detalle que forzosamente nos hace rechazar esa probabilidad. Cualquier grupo revolucionario que se hubiese apoderado del señor Harnish ya hubiese dado señales de vida y exigido algo a cambio de su persona, ¿no creen?

Wyatt Davenport asintió, doblegado por la agudeza del brasileño.

—Es un buen argumento.

—Me alegro de que se convenzan tan fácilmente —sonrió el policía con pocas ganas—. Eso facilitará las cosas entre nosotros.

Burton Page respiró hondo.

—¿Cuál es su plan?

—Seguir buscando río abajo.

—¿Y si no le encontramos?

—Cerrar el caso —respondió con firmeza—. Desgraciadamente

el señor Harnish no es el primer hombre que desaparece para siempre en estas latitudes. Las dos cuencas del río Tapajoz y en especial su margen derecha son selvas profundas y peligrosas. Sus compatriotas estaban seriamente advertidos por nuestros organismos competentes del riesgo que corrían y de los precedentes ya existentes si decidían internarse en la selva.

—Me parece que ése no era el plan inicial de trabajo del profesor Harnish. Si no estamos mal informados su expedición traía como único objetivo las riberas del río.

—El gobierno de mi país, salvo muy raras excepciones de las que está seriamente arrepentido, no concede permiso para esa clase de investigaciones entre los ríos Xingu y Tapajoz. Como ya les he dicho tenemos experiencias muy desagradables con algunas otras expediciones que no regresaron y queremos evitar por todos los medios que vuelvan a ocurrir hechos semejantes.

—¿Pretende decirnos que el profesor Harnish no hizo caso de sus consejos?

—Hay un gran porcentaje de posibilidades de que sus verdaderas intenciones fuesen otras. La cuenca del río tiene ya muy poco interés arqueológico.

—¿No han confirmado esa suposición?

—Todavía no. Estamos tratando de averiguar si algunos nativos de la región han visto internarse en la selva a un grupo de hombres, pero hasta ahora no hemos conseguido nada positivo. Pueden haber partido de muchos lugares y costará tiempo obtener alguna referencia positiva.

Burton Page paladeó el *whisky*.

—¡Señor Pessoa!

—¿Sí?

—¿Qué actitud adoptarán ustedes de confirmarse definitivamente esa hipótesis?

Juan Pessoa se mordió las uñas.

—Desistiremos de seguir la búsqueda inmediatamente. Ya le he dicho que no podemos hacernos responsables. El profesor Harnish estaba advertido...

—¡Ya lo sabemos! —cortó Wyatt Davenport—. ¡No entrar, bajo ningún pretexto, en el interior de la selva!

—Eso es. Y si lo ha hecho no podemos dedicarnos eternamente a

buscarle ni poner en peligro la vida de nuestros hombres por una simple pasión científica que no nos incumbe.

—Está muy claro, señor Pessoa.

—Lamento que...

—¡No se disculpe! Comprendemos todo perfectamente.

—Me temo que el profesor Harnish haya cometido una grave imprudencia.

Wyatt Davenport enarcó las cejas.

—¿Nunca se ha sentido su gobierno tentado en averiguar las razones de esas desapariciones?

—Tenemos otras cosas más importantes en qué pensar señor Davenport. Nuestro país no está al nivel económico del suyo y es lógico que nos preocupen de momento algunas otras cuestiones.

—Ya.

Burton Page intervino nuevamente.

—¿Cuánto tiempo piensan seguir buscando?

—No lo sé. No dispongo de muchos hombres ni de tiempo, pero haremos todo lo humanamente posible.

—Supongo que va a decirnos que es una locura, pero quisiéramos saber si obtendremos autorización para infiltrarnos en la selva en busca del profesor Harnish y sus hombres si es necesario.

Juan Pessoa terminó de beber el agua tónica.

Y fue capaz de sonreír.

—No se arredran, ¿eh?

—Tenemos una misión que cumplir, señor Pessoa.

—Si su gobierno insiste demasiado tal vez no tengamos más remedio que complacerles.

—Sin responsabilidad ¿eh? —comentó Wyatt Davenport, en tono ligeramente irónico.

—Siento que no nos comprenda, señor Davenport.

—Discúlpeme.

—Siempre he dicho que los norteamericanos son como chiquillos traviesos. Y no lo tomen como un insulto.

—¿Puede aclararnos eso?

—Penetrarán en la selva. Y lo único que conseguirán será perder dos valiosos agentes federales por una obstinación sin sentido.

—Veo que no nos augura un porvenir muy brillante —comentó Burton Page, sin perder la sonrisa.

—No lo tome a broma, señor Page. Puedo asegurarle que es una cosa muy seria.

—¡Intrigante!

—Si morir es intriga no me cabe la menor duda de que ésa es la palabra exacta.

Se produjo una pausa.

Un largo silencio.

Lejos, al otro lado del río, sonaba una música rítmica y electrizante.

Una samba.

Juan Pessoa fue agudo como un estilete al darse cuenta de que los dos hombres habían cambiado una mirada de mutua inteligencia ante el sonido de la música.

—Eso en que están pensando es mil veces preferible. Diviértanse cuánto puedan, pero no trasnochen demasiado. Saldremos río abajo a las ocho de la mañana y es un viaje muy incómodo.

Burton Page se incorporó en unión del policía.

—¿No quiere cenar con nosotros?

—Le agradezco su gentileza, pero estoy muy cansado —respondió el brasileño, depositando un billete en pago de la consumición—. Si no les importa quiero retirarme a descansar.

—Le veremos mañana.

—A las ocho. Y sean puntuales, por favor.

—¡Descuide!

Wyatt Davenport dio un respingo cuando Juan Pessoa se alejó pisando fuerte sobre las baldosas de la terraza.

—¿Qué te parece?

Burton Page se encogió de hombros.

—No es muy amable y está irritado por nuestra intromisión. No creo que nos sirva de mucha ayuda.

—Lo que me preocupa es que debe tener razón. Harnish no hubiese venido hasta tan lejos para una simple expedición de rutina. Debe haber entrado en la selva y sólo Dios sabe lo que habrá ocurrido para no que no hayan regresado.

—Harnish no estaba solo, Wyatt.

—¿Qué quieres decir?

—Puede ocurrirle un accidente a un solo hombre, pero no a un grupo numeroso. Debe haber una razón especial para que...

—¿Vas a ponerte a especular?

Burton Page se estiró.

—Supongo que prefieres cenar ¿no?

—Por supuesto. Maquinando no vamos a conseguir nada interesante por el momento. Y si la hija del profesor está en Fordlandia tendremos mejor ocasión que esta noche para enterarnos de los verdaderos planes de Harnish y su grupo.

—¡De acuerdo! ¡No te aburriré haciendo suposiciones gratuitas! ¡Vamos a cenar!

Wyatt Davenport permaneció sentado.

—¿No piensas esperar a tu amigo del avión? Creo que tenía la intención de invitarnos a un trago en algún lugar interesante.

—No.

—¿Puedo saber por qué?

—No me gusta ese tipo.

—Es una buena razón.

Abandonaron la terraza y cenaron en un restaurante situado a orillas del río.

Luego regresaron dando un paseo para estirar las piernas.

—Estás tranquilo, Burton.

—Sí.

—Tienes demasiada imaginación. Tal vez el profesor Harnish aparezca en cualquier momento.

—¿Lo crees así?

—No.

Caminaron en silencio durante otro rato.

El clima era agradable después de haber anochecido y soportado el ardoroso calor del día.

Las calles y los paseos de Santarem estaban vacíos apenas transitados y hundidos en sombras compactas.

Y olía a humedad del río, a tierras desconocidas...

El bar del hotel estaba más concurrido y los dos hombres se acodaron en el mostrador, dispuestos a tomar la última copa antes de acostarse en sus respectivas habitaciones.

—¿Qué quieres?

La sala contigua al local estaba también llena de público.

Trasnochadores bien vestidos, *play-boys* arrogantes y deportivos, mujeres hermosas, con muy poca ropa sobre sus

atractivos físicos...

El mundo.

La civilización.

—*Whisky* —pidió Wyatt Davenport, abriendo una cajetilla de tabaco y ofreciendo a su compañero.

—Para mí también.

Y como contraste, en la mente de los dos hombres, un mundo vacío y misterioso sin noche.

Un grupo de hombres perdido, tal vez muertos.

Una selva inmensa, sobrecogedora.

Burton Page paladeó sin ganas el sabor fuerte del *whisky*.

CAPÍTULO IV

ERA un subterráneo.

Un pasadizo ovoidal en su forma, enterrado a varios pies de profundidad y cubierto de una vegetación lujuriosa.

Por las paredes, enredándose como siempre, se podía descubrir matojos de hierba mate que goteaban lágrimas de agua y eran un claro exponente de la enorme infiltración lluviosa.

El suelo estaba resbaladizo y la especial configuración del subterráneo, al estrecharse gradualmente hasta llegar al piso, apenas permitía el paso de un solo hombre.

Pero se avanzaba.

Yarda a yarda, a veces arrastrando los pies para evitar la desagradable sensación de vacío que creaba la oscuridad a cada zancada demasiado larga y también apoyando las manos en las paredes húmedas.

Y el miedo, la precaución instintiva de un posible abismo abierto a los pies, era superado por la indescriptible emoción de un descubrimiento sin precedentes que se adivinaba al final del camino.

Y tras un precipicio, una caída angustiosa, la sensación de ingravidez en el aire, cayendo, cayendo...

Cayendo mil veces.

Y tras cada paso en falso, tras cada abismo o garganta que devoraba, de nuevo el pasadizo, el corredor metido bajo la tierra que no parecía tener final.

—¡Profesor!

Burguess Harnish le apartó en la boca de la gruta, con la cara verde y una expresión demencial en la mirada.

Es una especie de campinarana, un terreno menos abrupto, con

simples formas arbóreas esparcidas en toda su enorme extensión.

Y con las ruinas.

Con edificios vastos, de elevada altura todavía en algunas partes y en gran mayoría perfectamente conservados.

—¡Santo Dios!

Había colosales pirámides truncadas, hileras de monolitos, plataformas calcáreas, pórticos de varios pilares y grandes dinteles...

Un mundo de piedra.

Una ciudad hundida entre grandes paredes de roca abrumada por la naturaleza y los siglos, escondida en plena selva virgen a muchos metros de profundidad en una hendidura natural que la maleza salvaje había ocultado totalmente hasta hacer impenetrable el sol y la luz del día.

—¿Qué te recuerda esto, Wilmer?

Era la voz trémula del profesor Harnish.

Un sonido que modulaban sus labios arrugados, pero que no salía de su garganta.

Palabras que se metían dentro del cerebro mientras su figura se agigantaba y se alejaba alternativamente como si fuese enfocada por cámaras de televisión en un «*travelling*» técnico.

Lejos y cerca.

Cada vez más lejos y cada vez más cerca.

—¿Qué te parece esto, Wilmer?

—Tiahuanaco. Se parece a Tiahuanaco...

Luego todo giraba.

Y giraba.

La campinarana, con sus formas de arboleda enana, las ruinas, piedra sobre piedra y los hombres entraban a formar parte de una gigantesca ruleta.

—¿Dónde están esos hombres?

Bhe Shields chillaba como enloquecido mirando hacia la boca de la gruta que habían recorrido durante un interminable período de tiempo que no podían precisar.

Tal vez dos horas en aquel subterráneo.

Quizás más.

La ruleta de piedras, árboles y hombres se detuvo.

Todo estaba en calma.

Bajo un silencio absoluto, profundo y misterioso. Burgess Harnish fue el primero en echar andar.

Y estaban solos.

Solos los tres y Floriano Linhares que sonreía como un estúpido que se hubiese vuelto loco de repente.

—¿Y los indígenas?

—¡Les han matado!

—¿Qué?

—¡Les han matado!

—¿Quiénes? ¿Quiénes les han matado?

Ninguno de los tres recordaba nada.

Floriano Linhares soltó una carcajada y se agarró al brazo del profesor para salir corriendo inesperadamente hacia las primeras formaciones de ruinas.

—¡La ciudad, profesor! ¡La ciudad! ¡No era una leyenda!

Burgess Harnish se agachó ante los primeros bloques de piedra casi negra por la erosión.

—¡Wilmer!

—Caracteres egipcios, profesor...

—¿Estás seguro?

Ahora sí hablaba y pronunciaba normalmente.

—Completamente.

—¿Todos?

—No. Algunos. Algunos sí...

Floriano Linhares saltaba alrededor del pórtico como si fuese un chiquillo travieso.

Sus carcajadas y sus gritos subían de tono y se perdían mansamente en el espacio cerrado de las ruinas.

—¡Les han matado! ¡Les han matado!

—Dile que se calle, Bhe.

Bhe Shields salió corriendo y le mordió en un brazo. Luego regresó encogido, enseñando los dientes y riendo.

—Le he mordido...

—¡Vamos a ver otra cosa!

El profesor Harnish no caminaba.

Daba saltos.

Saltos enormes que le proyectaban desde un montón de ruinas a un monolito, de un pórtico a una plataforma, como si estuviese en

un mundo de ingravidez absoluta.

—¿Y esto?

Eran símbolos fálicos.

Y dos grandes serpientes enlazadas.

Un ocho perfecto.

Era un mundo alucinante.

Un mosaico que recogía restos y símbolos de varias civilizaciones antiquísimas descubiertas en diferentes lugares de Sudamérica.

Y todo bien conservado en relación al tiempo.

Floriano Linhares se acercó al grupo sujetándose el brazo mordido y enseñándoles la sangre.

—Estoy herido.

—¡Sangre!

Algo para recordar.

—¡Los nativos! ¿Dónde están los nativos?

Otra vez el recuerdo.

El recuerdo de cuatro hombres musculosos y de pie oscura que no estaban allí.

¿Dónde habían quedado?

Bhe Shields cogió el brazo al brasileño y contempló con inusitada alegría la huella dejada por sus dientes en la carne.

—¿Te muerdo otra vez?

—¡No!

Floriano Linhares desapareció de repente como si se hubiese evaporado mientras el científico enseñaba otra vez los dientes.

Caminaron de nuevo.

Los tres juntos, hombro contra hombro, un poco atemorizados, como si desearan protegerse unos a otros.

—¿Qué es aquello?

El profesor Harnish elevó la mano y apuntó con el dedo índice hacia el lugar más alejado.

Tres grandes formaciones rocosas, altiplanicies de piedra; con un pronunciado grado de desnivel, se levantaban a una distancia de casi media milla.

Se acercaron a todo correr, jadeantes y estremecidos.

La piedra era lisa, pulida y brillante.

Y llena de grandes zonas quemadas.

—¡Tiahuanaco! ¡Tiahuanaco! [2]

Bhe Shields pronunciaba aquel nombre sagrado de la arqueología con cierto matiz de desprecio, como queriendo dar a entender que su resplandor científico se difuminaba ante todo cuanto ahora veía con lágrimas en los ojos.

Estaba llorando.

Y los tres hombres permanecieron callados, sumidos en una enorme perplejidad ante un descubrimiento que no tenía una explicación válida.

Las lisas superficies eran semejantes a enormes rampas de lanzamiento, apuntando al cielo que no existía entre los grandes precipicios abiertos y ocultos en plena selva.

Floriano Linhares había vuelto a aparecer, mirando preventivamente a Bhe Shields y sus dientes de perro carnicero.

—¡Son asesinos! ¡Son asesinos!

Las palabras del brasileño abrieron de nuevo cauce al recuerdo.

Los tres científicos se miraron con gesto absorto y expresión bobalicona.

Disparos.

Ráfagas de disparos.

Y una escena pavorosa.

Cuatro cuerpos humanos destrozados salvajemente por la metralla para liquidar sin piedad su miedo ancestral y su deseo angustioso de huir precipitadamente del selvático lugar en que habían sido descubiertos.

—Hay que salir de aquí, profesor.

—¡No!

—¿Dónde está la gruta?

Todos volvieron la vista atrás con ansia, pero sin descubrir ni una sola huella de pisadas que pudiese ponerles en camino de regreso.

Estaban vivos en una ciudad muerta.

Formando ya parte de los siglos, carne del tiempo...

Tal vez bloqueados para siempre.

Burguess Harnish, repentinamente ausente ante la dramática realidad de encontrarse aislados y perdidos, se afanaba con brusquedad en descubrir los jeroglíficos inscritos en un monolito que yacía prácticamente enterrado.

Y sólo Wilmer Matthau, de pie, con los músculos tensos y una mirada horrorizada, tenía ante sus retinas el verdadero símbolo moderno que explicaba sorprendentemente aquella extraña aventura.

Una cruz esvástica de color negro que era la única imagen viva de aquel mundo de ruinas y silencio.

El calor era pegadizo, bochornoso, y se tenía la sensación de que faltaba el aire.

Sobresaltado, cubierto de sudor de pies a cabeza, Wilmer Matthau se incorporó en el camastro ansiando un rayo de sol, un punto de referencia minúsculo de luz, pero divisando solo negrura en torno suyo.

Había tenido un mal sueño.

Una pesadilla inexplicable sólo en parte.

Se levantó, avanzando con prudencia los brazos para tantear la oscuridad, tan densa que ni siquiera podía verse las manos pese a colocadas junto a los ojos.

¿Dónde estaba?

¿Qué significaba aquel mundo sin luz?

¿Ciego?

La repentina idea de la ceguera le hizo reaccionar bruscamente para tropezar en su tembloroso avance con una pared lisa y metálica, muy sensible al tacto.

Paso a paso, deslizándose a lo largo de la pared que impedía su salida, pudo comprobar que estaba dentro de un recinto cuadrado que apenas tenía dos metros de largo y ancho.

Volvió a sentarse en el camastro, procurando poner en orden sus pensamientos alterados.

La pesadilla padecida se mezclaba con la realidad viva de los recuerdos y era difícil discernir la verdad de las sensaciones oníricas.

¿Qué había soñado?

Era falso que el profesor Harnish sólo modulase la expresión de hablar.

Falso también que pudiese desplazarse a enormes saltos de un lugar a otro y que Bhe Shields mordiese a Floriano Linhares sin justificación, como si fuese un simple perro rabioso.

Pero...

¿Y las ruinas?

¿Y el pasadizo hundido en las entrañas de la selva?

¿Y los nativos despedazados por la metralla?

Wilmer Matthau se pasó ambas manos por la frente húmeda y luego se mesó los cabellos con desesperación.

Sueños y realidad estaban unidos, fuertemente engarzados, sin fronteras que les separase.

Poco a poco, dominando sus nervios desquiciados a base de una férrea voluntad analizadora, Wilmer Matthau pudo ir desligando ideas y hechos ocurridos.

Sólo era necesario retroceder al instante crucial en que habían creído descubrir restos arqueológicos y partir con el pensamiento desde el momento en que Bhe Shields había chillado su nombre, previniéndole de que algo extraño estaba ocurriendo a su espalda.

Los indígenas que les acompañaban en la expedición habían intentado huir alocadamente y efectivamente habían sonado disparos.

Las detonaciones, el olor de la pólvora y los gritos de los pobres nativos eran ya una realidad insoslayable.

Habían muerto en plena selva, acribillados.

Podía recordarlo con nitidez, con un estremecimiento...

Luego...

Hombres.

Hombres extrañamente uniformados, portando armas modernas y hablando un idioma que no era del todo extraño.

Seres humanos que les habían conducido a través de la selva para situarles ante un descubrimiento sin precedentes.

Ante las ruinas de una ciudad hundida y sin sol, metida en las entrañas de la selva por algún movimiento geológico acontecido quizá muchos siglos atrás.

Los monolitos y las pirámides derrumbadas, los pórticos y las plataformas, las inscripciones que reunían algunos caracteres egipcios...

Todo aquello era realidad.

Sensaciones vivas.

Verdad.

Wilmer Matthau se humedeció los labios, percatándose entonces de que tenía sed.

Y dándose cuenta también, con un escalofrío que le recorrió la médula que desde el descubrimiento habían pasado ya varios días, muchas horas, un tiempo sin referencia...

¿Cuánto?

No pudo concretarlo, pero sí recordar algunos hechos que acudían a su cerebro vagamente.

Y especialmente un detalle vital y sorprendente.

En aquel mundo aislado, en aquel reino de piedra y silencio, había luz eléctrica.

Y edificios nuevos, contruidos con arreglo a normas de arquitectura moderna y hasta muy desarrollada.

Se levantó del camastro con vehemencia, repentinamente asustado, como si padeciese un ataque de claustrofobia, para precipitarse hacia las sólidas paredes del recinto en el que se hallaba encerrado.

¿Prisioneros?

No, no era la expresión exacta.

Por el día estaba en libertad.

Unido a sus compañeros de expedición, libre para vagar por entre las ruinas para satisfacer su curiosidad de paleógrafo, pero estrechamente vigilado por los mismos hombres que les habían sorprendido en plena selva días antes.

Sólo al anochecer eran separados e introducidos en recintos individuales de muy cortas dimensiones en donde se les facilitaban alimentos necesarios para subsistir.

Wilmer Matthau permaneció largo rato de pie, obsesionado ya por una sola idea.

¿Quiénes eran aquellos hombres?

¿De dónde habían venido?

¿Qué significado tenían los brazaletes que mostraban en el brazo izquierdo con el símbolo negro de la cruz esvástica?

Oyó pisadas cercanas que interrumpieron sus pensamientos.

Era un sonido martilleante de recios pasos como ya había ocurrido en otras ocasiones.

Debía haber amanecido.

Una lámpara blanca, de forma circular, colocada en el centro del techo, desparramó un chorro de luz eléctrica que le hizo cerrar los ojos.

CAPÍTULO V

SHELLEY Harnish vestía ropas masculinas, más apropiadas y cómodas para desenvolverse en las difíciles orillas del río Tapajoz y sus inmediaciones, pero no cabía la menor duda de que era una mujer.

Incluso de lejos, a una distancia prudencial, se advertían con poco esfuerzo visual sus formas femeninas y su escasa firmeza al moverse, muy propias del sexo débil.

Piernas largas, busto erguido y tenso bajo el sujetador y la blusa, pelo largo y negro...

Y veintidós años.

Y por encima de todo, por encima de sus propios encantos físicos, que eran muchos, una formación intelectual superior que estaba viva en sus ojos claros y centelleantes, de mirada aguda y turbada en muy pocas ocasiones.

A pie firme, sin camisa, Wyatt Davenport escudriñaba las aguas río arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Llovía a intervalos, sin regularidad, a veces mansamente y en otros momentos con una violencia inusitada.

Grandes nubarrones oscuros se desplazaban en el cielo con rapidez y el sol, muy rojo, propio del atardecer, surgía de tarde en tarde para teñir de encarnado los contornos.

Y hacía calor.

Un calor pegajoso, húmedo, muy molesto...

Irritable.

Tan irritable y descorazonador como la infructuosa espera a que estaban sometidos desde hacía varios días, ubicados en un improvisado campamento de tiendas de lona.

La mayoría de los hombres de Juan Pessoa habían regresado de

sus últimas batidas sin haber logrado resultados positivos y sólo restaban dos grupos que eran esperados antes del anochecer.

Burguess Harnish y su grupo no aparecían.

Río arriba, contra corriente, las batidas habían sido numerosas e insistentes y el cansancio y el desánimo se iba gradualmente apoderando de todos.

Como si se les hubiese tragado la tierra.

Ni un rastro, ni un débil indicio...

Con un pitillo entre los labios, sudoroso y con expresión consternada, Burton Page se unió a su compañero y la muchacha para juntar su preocupación en una permanente vigilancia del caudaloso cauce del río.

—¿Quiere un cigarro?

Shelley Harnish negó con una sonrisa apagada.

—No, gracias.

—En estos casos un cigarrillo tiene muchas ventajas. Ayuda a calmar los nervios...

—No estoy nerviosa.

—Tal vez no, pero sí cansada y preocupada. Y es natural.

La tendió la cajetilla abierta en una muda insistencia para que la muchacha aceptase finalmente el ofrecimiento del agente.

—Está bien.

Tenía los labios gruesos, sensuales...

Expulsó una bocanada de humo y miró a los dos hombres con una ligera turbación.

—Les estoy muy agradecida por...

—Cumplimos órdenes, señorita Harnish —interrumpió Burton Page—. Puedo asegurarle que prefería estar en una gran avenida asfaltada y llena de coches que en este maldito lugar en donde los mosquitos no nos dejan tranquilos un segundo.

—Lo siento.

Wyatt Davenport, más sensible a los encantos físicos de la muchacha, intervino conciliador.

—No haga mucho caso a Burton. Se está haciendo viejo y gruñón.

Shelley Harnish trató de sonreír.

Más allá, solitario e impaciente, Juan Pessoa paseaba de un lado para otro mordisqueando una rama.

—Señorita Harnish...

—¿Sí?

Burton Page frunció el ceño, meditó por unos segundos las palabras que iba a pronunciar y finalmente se decidió a regañadientes.

—Hace tiempo que deseaba hablar con usted. Quiero ante todo que sea sincera, que no vea en nosotros otro interés que ayudarla...

—Desconozco los planes de mi padre, señor Page.

Había intuido la pregunta con gran perspicacia.

—¿Está segura?

—Sería ridículo perder el tiempo aquí si estuviese convencida de que mi padre se ha internado en la selva. Ya se lo dije también al señor Pessoa.

—Usted adora la arqueología y la investigación. Y estoy seguro de que ha acompañado a su padre en otras expediciones...

—Así es.

—¿Qué razón puede darme para que no le acompañase en esta ocasión?

—Ninguna.

—¿No le pareció raro?

—Me hablaron de una expedición de rutina y otras veces ya había estado por estas latitudes. Preferí quedarme en casa y esperar una ocasión más atractiva.

—¿No tuvo dudas? ¿No pensó en algún momento que la expedición podía resultar peligrosa y que ésa fuera la causa de que no la trajese esta vez?

Shelley Harnish se movió inquieta.

—No... No lo pensé siquiera. Nunca se negaron a que viniese con ellos.

—De haberlo hecho hubiesen suscitado su curiosidad, ¿no cree?

—Puede ser...

Burton Page apagó el cigarro.

—Pessoa está totalmente convencido de que su padre ha penetrado en la selva. Y yo empiezo a estarlo también. No hay otra razón para justificar esta desaparición y de haber investigado a lo largo del río ya hubiésemos encontrado restos o indicios de su presencia.

—Hace algún tiempo estuvieron obteniendo fotografías aéreas

de gran parte de esa selva. Pagaron un piloto experto y alquilaron un avión de reconocimiento. Pero ya hace más de seis meses...

—¿Descubrieron algo de interés?

—Dijeron que no.

—Me temo que no le dijeron la verdad, señorita Harnish. Su padre y sus compañeros de expedición debieron preparar esta aventura con gran lujo de detalles, pero ocultando sus verdaderas intenciones. Usted sabe que no conceden permiso...

—Ya lo sé.

Wyatt Davenport volvió a prestar su apoyo.

—No se preocupe. Si es necesario entrar en la selva para buscar a su padre, lo haremos.

Los ojos de la muchacha se iluminaron, dirigiendo una mirada de agradecimiento al agente.

—Gracias...

—No ofrezcas nada de lo que no estás seguro de poder hacer, Wyatt —criticó Burton Page—. Pessoa tiene instrucciones de ayudarnos, pero no sabemos hasta qué límites estará autorizado para actuar.

—No seas ave de mal agüero, Burton. Nuestros servicios diplomáticos son eficientes y lograrán del gobierno brasileño cuanto sea preciso.

—Eso espero.

Hubo una pausa en la conversación.

Llovía con suavidad.

Juan Pessoa, visiblemente malhumorado, se acercó a los tres norteamericanos.

Y para sorpresa de Wyatt Davenport el brasileño apenas sudaba pese al bochornoso calor húmedo que reinaba en torno al río.

—¿Qué hace para no derretirse, Pessoa?

—No beber. El líquido es mal enemigo.

El agente federal dio un respingo y se humedeció los labios.

—¿Siempre hace este calor?

—Hará más todavía.

—¿Más?

—Estamos en la época de las lluvias, señor Davenport.

Juan Pessoa mantenía un tratamiento distante con los dos agentes, pese a la familiaridad que los yanquis trataban de inculcar

a sus forzosas relaciones.

Era algo muy propio de su carácter reservado.

Y también de su evidente disgusto, poco disimulado, por la intromisión de aquellos dos hombres en un caso que le había sido confiado especialmente.

Río abajo, siguiendo la rápida corriente, dos embarcaciones a motor aparecieron algunos minutos después de paciente espera.

Volvía a salir el sol.

Y volvían los mosquitos en un asedio feroz e incontenible.

Shelley Harnish tuvo una expresión de hondo abatimiento al poder cerciorarse de un rápido vistazo que los dos últimos grupos de reconocimiento regresaban sin otras personas a bordo.

—Vienen solos...

Juan Pessoa, adelantándose rápidamente, recibió a los hombres en una especie de pequeño embarcadero.

Un individuo alto y fornido, de pelo rizado y piel oscura, se detuvo junto al policía.

Su gesto irradiaba pesimismo.

—Creo que ya es inútil seguir buscando, señor Pessoa.

Las palabras del hombre produjeron un estremecimiento en la muchacha.

—¿Alguna referencia?

—Sí.

Shelley Harnish y los dos agentes rodearon al sujeto con ansiedad.

—¡Explíquese!

—Reclutaron algunos nativos en una aldea que está a unas cuarenta millas de aquí y les vieron meterse en la selva. Por los datos que nos han facilitado iban bien pertrechados, con alimentos suficientes para varias semanas y equipo especial de excavación. Les acompaña un hombre llamado Linhares al que debieron ofrecer mucho dinero para que les acompañase con varios indígenas.

Juan Pessoa apretó los dientes.

—Lo suponía.

Se hizo un silencio entre los reunidos.

Una larga pausa que Wyatt Davenport deshizo con su proverbial agudeza.

—Esa referencia es muy importante si conseguimos encontrar el

lugar exacto por donde penetraron. Abrirse paso en esa selva debe resultar duro y difícil, pero es natural que hayan dejado una pista segura tras sus pasos.

—Y piensa seguirlos, ¿verdad?

—Por supuesto.

Burton Page intervino contemporizador.

—No queremos crearle problemas, Pessoa, pero nos gustaría que nos ayudase.

—Supongo que lo que yo piense y diga no tendrá gran importancia, señor Page. Y sabe de sobra cuál es mi punto de vista en este desagradable asunto. Si de mi dependiese ustedes volverían inmediatamente a su país.

—No le molestaremos demasiado. Mi compañero y yo nos encargaremos de los preparativos necesarios para organizar una expedición adecuada y buscarles.

Juan Pessoa tenía numerosas arrugas en la frente como muestra visible de su contrariedad y preocupación.

—Lo siento, pero mi obligación es regresar a Fordlandia.

Wyat Davenport mostró su excitación.

—¿Para qué?

—Debo ponerme en contacto con mis superiores en Belem. Mis atribuciones no están claramente definidas en orden a la ayuda que deba prestarles de ahora en adelante ni contamos con el permiso necesario para internarnos en la selva.

—No nos hable de trabas burocráticas en estos momentos, Pessoa. Hay un grupo de hombres que puede estar en peligro y cada minuto que perdamos puede resultar vital.

—Lo siento, señor Davenport. Mi criterio no coincide con su natural vehemencia y debo cumplir con mis obligaciones.

—¿Es que no lo entiende?

—Lo único que yo no entiendo es su interferencia en asuntos que yo mismo puedo resolver, señor Davenport.

Burton Page trató de calmar los enardecidos ánimos con su habitual flemma.

—Creo que Pessoa tiene razón, Wyatt. Ni tú ni yo estamos capacitados para entrar en esta selva con ciertos márgenes de seguridad. Necesitaremos expertos, ayudantes y estoy seguro que las autoridades brasileñas nos facilitarán los medios necesarios.

Wyatt Davenport cabeceó en sentido afirmativo, mirando inmediatamente a Shelley Harnish y procurando calmarse.

—¿Qué opina usted?

La muchacha tenía los ojos ligeramente acuosos y se restregaba las manos con nerviosismo.

—No sé.

—Volveremos a Fordlandia e iniciaremos las gestiones necesarias para que podamos entrar en la selva con medios apropiados y lo más rápidamente posible, señorita Harnish —concretó Burton Page, esgrimiendo una sonrisa tranquilizadora—. Y usted sabe que lo conseguiremos.

—Gracias, señor Page.

—Vaya a prepararse. Creo que saldremos en seguida.

Wyatt Davenport encendió un pitillo con movimiento nervioso.

—Cuando Pessoa hable será mejor que mantengas la boca cerrada, Wyatt. Estos choques no van a favorecernos en nada.

—No le entiendo, Burton. ¡No le entiendo!

—Se siente postergado por nuestra presencia y es hasta cierto punto lógico. Trata de entenderlo.

—Me crispa los nervios. Y hasta dudo de su integridad moral como policía.

—No exageres las cosas. Y dame un pitillo.

Burton Page arrojó un par de bocanadas de humo y permaneció en actitud meditabunda cara al río.

Al otro lado, verde y arrogante, tupida y misteriosa, se alzaban las orillas de un mundo secreto y extraño.

Una selva impresionante y silenciosa.

—¿Puedo saber en qué diablos estás pensando ahora?

—En un hombre.

—¿En quién?

Cuando viajábamos hacia Santarem tuve la oportunidad de conocer a un tipo curioso. Y mientras tú te entretenías en lograr un número de teléfono a mí me hablaban largo tendido sobre esa selva y las extrañas desapariciones que se han producido en ella.

—¿El tipo que nos invitó a una copa y no volvimos a ver?

—Exacto.

—¿Qué tiene eso de importante?

—Nada —respondió Burton Page, encogiéndose de hombros—.

Nada en absoluto, pero la posibilidad inminente de tener que penetrar en la selva me ha hecho recordar sus palabras.

—¿Qué te contó?

—Nada que tuviese una gran importancia. Mencionó una tradición, una leyenda: Nadie que entra vivo retorna a la civilización para poder contar sus experiencias.

—No pretenderás hacerme creer que lo has tomado en serio, ¿eh?

Fue un comentario burlón.

—Oyendo hablar a Juan Pessoa y viendo su poco interés por ayudarnos cualquier persona medianamente inteligente pensaría en que algo raro sucede, ¿no crees?

—¡Bah!

Burton Page mantuvo su reflexiva postura pese al tono despectivo empleado por su compañero.

—Se llamaba Rudolf Kordt...

CAPÍTULO VI

LA lluvia no caía directamente en la Gran Hondonada, pero resbalaba suavemente, en forma de transparentes cataratas, por encima de las paredes de piedra recubierta de maleza.

Y olía a humedad.

A rocío calando el gran silencio.

—¿Qué te parece, Wilmer?

Wilmer Matthau escuchó la pregunta de su compañero sin apartar la vista del objeto que mantenía en sus manos desde hacía rato.

—Tiene cierta similitud con los hallazgos de Itacuatiara...

Era una especie de vasija de color amarillo pálido, en donde, con esfuerzo, se podían advertir algunos dibujos difusos, pero todavía conservados.

Unas formas de serpientes aovilladas, quizá alguna inscripción...

Al lado de los tres hombres, silencioso y con expresión agazapada, Floriano Linhares apenas hacía caso de los comentarios científicos y del decaído interés investigador.

Cargado de hombros, recogido sobre sí mismo visiblemente atemorizado, el brasileño se limitaba a mira en torno suyo como si esperase la gran oportunidad para actuar.

Al fin se decidió a hablar:

—Creo que sé dónde está la salida...

Bhe Shields le miró con gesto inexpresivo.

—¿Qué?

—¡La salida! ¡El lugar por donde entramos aquí!

Wilmer Matthau se le acercó sigilosamente y sólo el profesor Harnish demostró escaso interés por las palabreé del nativo.

—¿Dónde?

—Hacia el sur. Les he seguido esta mañana y casi puedo asegurar que localizaría el lugar.

Burguess Harnish, demacrado y envejecido, como sobre sus espaldas hubiesen caído diez años más, les llamó la atención con voz cansada e indudablemente irritada.

—No perdáis el tiempo. Tenemos muchas cosas que analizar...

Estaba como en un estado de éxtasis, poseído de una emoción singular, sin reparar todavía con objetividad en difícil y sorprendente coyuntura en que se encontraban.

Para su afán de científico obsesionado, casi fanático, no existía otro problema que los fabulosos descubrimientos que podían nacer de aquel lugar enterrado prácticamente a muchos pies bajo la selva.

Y no había otro mundo.

Ni la conciencia del peligro que significaba vivir allí hasta el último día, sin regresar jamás a la civilización.

Bhe Shields agarró a Wilmer Matthau por un brazo antes de que replicase al profesor.

—¡Déjale, Wilmer! No vas a conseguir nada...

—Pero...

Floriano Linhares se encrespó.

—Es preciso que vuelva a la realidad, que se dé cuenta de que estamos irremediablemente condenados a vivir aquí para siempre si no hacemos algo para escaparnos...

—Tal vez más adelante.

—¿No me habéis oído?

Wilmer Matthau asintió.

—Sí, profesor.

—¡Ese hombre se ha vuelto loco! —explotó Floriano Linhares, sin poder dominarse—. ¡Está...!

Bhe Shields pudo dominarle con rapidez.

—¡Cállese, Linhares!

—¿Qué le ocurre?

—Está enfermo. ¡Eso es! Piense que está enfermo...

—¿No me van a ayudar?

Wilmer Matthau respiró hondo.

Floriano Linhares representaba a la realidad, a la terrible verdad de una aventura siniestra, sin horizontes...

Burgués Harnish vivía únicamente para la ansiedad científica,

para el fabuloso descubrimiento llevado a cabo, sin reparar en otras consecuencias, probablemente bajo los efectos de una honda impresión psíquica que le tenía al margen de todo.

—Tiene que entenderlo...

—¿Y ustedes dos? ¿También se han vuelto locos?

—No podemos dejarle aquí, Linhares. ¡Compréndalo!

—Yo sólo comprendo que no podemos permanecer aquí para el resto de nuestros días. ¡Sólo entiendo que debemos huir o intentarlo al menos!

—Estamos advertidos...

—¿Y qué? Yo no pienso dejarme intimidar. No quiero permanecer aquí ni un segundo más. ¡Me vuelvo loco por las noches cuando me encierran en esas malditas celdas! ¡No puedo aguantarlo más!

—¡Cálmese!

Floriano Linhares estaba ya bajo los efectos de una depresión nerviosa que no era capaz de controlar.

—Ustedes tres se entretienen en buscar ruinas, en analizar porquéas como es, en desenterrar objetos... ¿Por qué no desentierran también a los muertos que hay bajo esas tumbas recientes? Puedo asegurarles que no tienen miles de años.

Wilmer Matthau se humedeció los labios.

La expresión del nativo, al referirse a unas sepulturas que databan tan sólo de tres o cuatro años, fue como una especie de repulsivo.

Serían enterrados allí.

Tarde o temprano.

Como los otros...

—Yo no pienso quedarme aquí para siempre, Linhares. Ni yo ni mi compañero. Sólo le pedimos un poco de tiempo, unos días para que el profesor tenga conciencia de la situación...

—¡Ese viejo está loco!

—Ya lo ha dicho antes y eso no cambia nuestra opinión. No pensamos abandonarle aquí para toda la vida.

—Se entretiene, se divierte... ¿Qué más puede desear un hombre de su condición? ¿No buscaba esto?

Bhe Shields mostró aún mayor cordura ante la vehemencia del brasileño.

—Escuche con atención, Linhares. Hace pocos días que estamos aquí, ahora están vigilantes, sin perdernos de vista... Cuando pase más tiempo, cuando vean que no hacemos intención alguna de huir, tendremos mejores oportunidades.

—¡Yo no voy a esperar! ¡Ni un segundo más! Y si yo me voy, si yo salgo de este infierno, ustedes no encontrarán la salida por sus propios medios ni sabrán regresar hacia el río. Se perderán irremediablemente...

—Hay otra cuestión. Ya debimos regresar hace tiempo, estarán buscándonos... ¡Nos encontrarán!

—No lo piense siquiera. Esas tumbas que nos mostraron pertenecen a los componentes de otra expedición. Eran franceses, investigadores como ustedes. Yo no estaba en Fordlandia, sino en Masnau, pero me enteré al regresar que habían penetrado en la selva. ¡Desaparecieron! ¡Y nadie se ocupó de ellos! ¡Nadie!

Wilmer Matthau se secó el sudor de su frente.

—¿Qué discutís? ¿Qué barbaridades estáis diciendo?

Los ojos del profesor Harnish materializaban con un reflejo brillante su especial estado.

Y no era capaz de comprender nada que no estuviese relacionado con las inscripciones descubiertas, con los monolitos que se remontaban a miles de años de antigüedad...

De repente se echó a reír.

—¿No habéis pensado en lo que dirán en la universidad? Presentaremos un concienzudo informe, llevaremos muestras para someterlas al análisis del carbono catorce... ¡Trabajar! ¡Trabajar sin descanso, Wilmer! ¡No os entretengáis! [3]

Bhe Shields dio un respingo.

Luego miró a su compañero con gesto resignado.

—Tal vez debiéramos hacer caso a Linhares, Wilmer. Saliendo nosotros de aquí podremos regresar, rescatar al profesor y poner de relieve...

—¡No le dejaremos solo, Bhe! Pueden llevarle a otro lugar, perder su pista para siempre... ¡No quiero tener esa responsabilidad sobre mi conciencia para el resto de mis días!

—Está bien...

Floriano Linhares se mostró impulsivo ante la firme decisión final de los dos científicos.

—¡Como quieran!

Wilmer Matthau le cogió por un brazo.

—Si lo consigue, si sale de aquí, no nos olvide, Linhares. Hable con las autoridades de Fordlandia, con nuestra embajada...

El brasileño se restregó las manos sudorosas en los pantalones y miró en torno suyo con prevención.

Estaba muy asustado.

Temeroso de su propia decisión y sus posibles consecuencias.

Pero también firmemente decidido a probar suerte, a jugar la moneda de la libertad o la muerte de un solo y arriesgado envite.

A medida que caía el sol, convertido en un reflejo o reminiscencia lejana de luz que apenas llegaba a la hondonada, la maleza y los arbustos iban adquiriendo tintes grises.

Y todo, hasta las propias figuras de los hombres, se vestía de piedra y silencio de siglos.

Gris, gris, gris...

No había otro color.

Ni siquiera las sombras eran capaces de ser diferentes.

Floriano Linhares avanzaba torpemente, pegada la espalda materialmente a las húmedas y chorreantes paredes y esforzando la vista para tratar de definir los objetos a distancia.

Y superando el miedo.

Un terror sobrenatural y desconocido que ignoraba de dónde brotaba.

La enorme hondonada tenía una extensión mayor de la que había pensado en un principio, pese a que los pliegues rocosos de sus verticales paredes se estrechaban de forma paulatina hasta formar un simple y abrupto desfiladero.

No parecía haber nadie por los alrededores.

Nadía absolutamente.

Caminó otro trecho, arrastrando los pies, deslizándose con la esperanza ansiosa de poder encontrar la boca de: subterráneo libre de obstáculos.

Forzosamente tendría que haber una senda, un camino.

Recordaba con alguna confusión que había descendido por una pronunciada ladera y casi estaba absolutamente seguro de que estaba en el lugar preciso, en el lugar exacto donde por la mañana había descubierto la presencia de dos de sus aprehensores.

Repentinamente, sin una causa que lo justificase, tuvo un vehemente deseo de echar a correr, de retroceder...

Era como si un grito del subconsciente reventase dentro de su cuerpo.

Un grito de alarma.

Se quedó quieto.

Un rumor.

Pasos, botas, hombres...

Luego un silencio profundo, inquietante, como si sólo hubiese sido una falsa impresión de sus sentidos atemorizados.

Desde el lugar que ocupaba, mirando hacia el camino recorrido, se apreciaba en toda su brutal y desconocida grandeza las colosales ruinas de una ciudad sin nombre.

La ciudad de los siglos.

Tal vez el origen de todas las fabulosas civilizaciones descubiertas en América.

Piedra sobre piedra, misterio sobre misterio...

Siguió moviéndose lentamente, conteniendo la respiración, confuso por la impresión percibida e intuyendo que algo de cierto había en los rumores escuchados segundos antes.

Tal vez estaban sobre su posición, vigilantes...

Sin verle todavía.

Tenía la espalda totalmente empapada y se detuvo en su avance al darse cuenta de que su mano derecha, siguiendo el trazado de la pared, se curvaba en su ciega trayectoria.

Tragó saliva y se asomó ligeramente.

Una pronunciada ladera, un camino rocoso y estrecho, surgió ante su vista.

¡No se había equivocado!

¡La boca de la gruta tenía que estar más arriba!

Ya sólo era cuestión de ascender, de arriesgar la vida a cada paso, tal vez de buscar una oquedad que le permitiese esperar debidamente protegido por la oscuridad total.

Y luego seguir el subterráneo, buscar la selva y orientarse hacia el río Tapajoz en una larga y desesperada caminata, abriéndose paso en la vegetación con uñas y dientes si era preciso.

El primer problema, posiblemente una dificultad insalvable y peligrosa, fue apareciendo a medida que avanzaba penosamente

cuesta arriba.

Las paredes del sendero eran lisas, sin altibajos, como una especie de muro.

Tal vez las antiguas murallas de la ciudad, sin resquicios para esconderse, rezumando humedad...

Y de nuevo ruido de botas claveteadas.

Pasos humanos.

Floriano Linhares se mordió los labios y miró en derredor como un animal acorralado.

Alguien descendía.

Pudo escuchar incluso sus voces en un idioma brusco.

Ya sólo podía retroceder, volver a la hondonada a toda prisa y refugiarse en cualquier rincón.

Tres figuras corpulentas, vistiendo ropas semejantes a uniformes y portando armas, aparecieron ante el nativo antes de que hubiese podido reaccionar en un rápido descenso.

Sus palabras adquirieron mayor brusquedad, tonos amenazadores...

Le advertían de algo.

Tal vez de que no corriese, pero el miedo pudo más que cualquier otro sentimiento y se precipitó sendero abajo, sin volver la cabeza...

Un tableteo rítmico.

La voz de una ametralladora.

Floriano Linhares gritó con todas sus fuerzas, como si se hubiese vuelto loco de repente...

Cayó violentamente mientras las ráfagas despiadadas del arma le buscaban ansiosamente.

Pudo levantarse, volver a correr...

Nuevos disparos siguieron su silueta encajonada entre ambas paredes, lisas como la palma de una mano, abriendo las carnes por mil sitios diferentes.

Con la espalda salvajemente baleada, sacando vida de donde no existía, pudo seguir corriendo algunos metros, rebotando de pared en pared, chillando...

Se desplomó casi al final del camino, boca abajo, con las manos extendidas y agarrotadas, escuchando lejanas y confusas las pisadas de los vigilantes.

Y la civilización gris, aquel mundo perdido en las entrañas de la selva, sólo fue ya una enorme sombra negra. Una tumba de siglos y de hombres.

CAPÍTULO VII

ERA muy temprano.

Apenas las nueve de la mañana y el sol lucía en plenitud absoluta enmarcado en un cielo azul y sin nubes.

Y calentaba, con una fuerza picante y agradable.

Dos o tres bañistas madrugadores se chapuzaban en la piscina del hotel y ensimismada, fumando entre sorbo y sorbo de café, Shelley Harnish observaba sus saltos y escuchaba las risas de dos muchachas jóvenes, divertidas por las exhibiciones masculinas.

La hubiese gustado ser como ellas aquella mañana.

Libres, sin problemas, tal vez enamoradas, con un día espléndido por delante para vaciar su juventud...

Un hombre alto, joven y fornido, vestido deportivamente con un pantalón claro y una camisa ajustada, se detuvo junto a su mesa.

Era rubio, de ojos claros y piel pigmentada por el sol.

Causaba una primera impresión de *play-boy*, de hombre desocupado y vividor.

—¿Es usted la señorita Harnish?

Shelley Harnish intentó ser más profunda en su análisis antes de contestar.

Y pudo intuir seriedad e interés por encima de sus primeras impresiones negativas.

—¿Qué quiere?

El hombre mostró una sonrisa fuerte y blanca, un poco forzada.

—Deseaba hablar con usted. Es importante.

Hablaba un inglés extraño, demasiado brusco.

Y permaneció educadamente de pie al no invitarle para que se sentase a su lado.

—Me llamo Karl Woermann.

—Estoy muy ocupada...

—Ya lo sé.

Shelley Harnish apagó el cigarro en un cenicero metálico revestido de caracteres comerciales de un determinado producto.

—Siéntese.

—Gracias.

Era guapo, de una rara belleza masculina, brusca y suave en agudo contraste.

—¿Qué es lo que desea, señor Woermann?

Karl Woermann guardó silencio durante unos segundos con la mirada fija en la mesa.

Luego echó un vistazo superficial hacia las muchachas que alborotaban en torno a la piscina, sin fijarse en las reducidas dimensiones de los llamativos bikinis que lucían.

—Verá...

—No ande con rodeos. Nos entenderemos mucho mejor si habla con absoluta franqueza.

—Eso creo.

Una nueva sonrisa.

Una duda.

—Hace ya algunas semanas tuve la oportunidad de conocer a su padre. Y sé que le están buscando...

—¿Sabe dónde está?

Fue una pregunta vehemente, esperanzada.

—No.

La negativa hizo que Shelley Harnish se pusiese en guardia inmediatamente.

—¿Qué quiere?

Karl Woermann enarcó las cejas.

—Su padre no accedió a que les acompañase. Lo intenté por todos los medios pero resultó inútil.

Hablaba con parquedad y sin puntualizar sus deseos.

—¿Le gusta la arqueología?

—No —desmintió el hombre otra vez, moviendo la cabeza—. No es eso...

Shelley Harnish se sintió repentinamente nerviosa.

—Por favor, señor Woermann. No le entiendo...

—Procuraré que me comprenda en dos palabras. Llevo algunos

años viviendo en Fordlandia y busco a un familiar que desapareció hace años por estas latitudes.

—¿Un familiar?

—A mi padre —concretó el joven—. He recorrido cientos de lugares, poblados, comarcas, sin poder encontrarle. Y sé, tengo la absoluta seguridad, de que no está muy lejos.

—¿Era científico?

—No...

Otra negativa ambigua, hasta recelosa.

—¿Qué relación tiene su padre con el mío?

—Una sola, señorita Harnish. Ambos han desaparecido.

—Sigo sin entenderle. No sé dónde quiere ir a parar...

—Anoche pude verla con dos compatriotas suyos y sé que han estado buscando al profesor Harnish por toda la cuenca del río.

—Es cierto.

—También intuyo que no han desistido, que piensan seguir buscando...

—¿Y bien?

—Quiero ir con ustedes.

Shelley Harnish encendió otro cigarro, demostrando asomos de perplejidad.

—Sigo sin entenderle y presiento que no quiere hablar completamente claro, señor Woermann.

Karl Woermann frunció el ceño y mantuvo con su silencio la ambigua posición que había adoptado desde el principio de la conversación.

—¿Qué le hace pensar que su padre se encuentra por estas latitudes? ¿Por qué causas desapareció?

—No es fácil de explicar, señorita Harnish.

La muchacha pensó instintivamente en la posibilidad de que se tratase de un recluso fugado de la cárcel, tal vez de un hombre convicto, acusado de algún atropello o crimen...

—No es lo que está pensando.

—Entonces dígamelo para que pueda comprenderle.

Otra pausa.

Se advertía en Karl Woermann una especie de sufrimiento, de angustia, de secreto.

—¿Molesto?

Shelley Harnish alzó la vista para enfrentarse con la muda pregunta que brotaba de los ojos de Wyatt Davenport.

—No —respondió la muchacha, adivinando con una sonrisa los pensamientos del agente federal.

—Me sentaré con ustedes entonces.

—¿Ya ha desayunado?

—Esperaba hacerlo con usted.

—Creo que debo irme, —apuntó Karl Woermann tímidamente—. Ha sido un placer.

—¡No se vaya, señor Woermann!

Wyatt Davenport se sentó analizando con detenimiento al hombre.

Y su agudeza le hizo preguntar con rapidez:

—¿Algún problema?

—El señor Woermann tiene un interés especial en acompañarnos en la búsqueda de mi padre. Me lo estaba contando cuando ha llegado usted, Wyatt.

—¡Interesante! —exclamó el agente, procurando crear un ambiente agradable—. ¿Quiere tomar algo con nosotros?

—No...

—¿Qué le preocupa?

Karl Woermann se sintió extremadamente violento y confuso.

—¿Usted es científico?

Wyatt Davenport negó despreocupadamente.

—¿Tengo aspecto de serlo?

—No, claro.

Shelley Harnish aclaró la personalidad de su acompañante.

—Wyatt Davenport es agente del F.B.I., señor Woermann. Y su compañero, el otro hombre que vio usted anoche, también.

Karl Woermann palideció.

—Debí suponerlo.

Un camarero de aspecto servicial y atento se acercó a la mesa.

—¿Señores?

Wyatt Davenport encendió un cigarro, miró a las maravillosas chicas de los bikinis y luego a Karl Woermann.

Procuró mostrarse natural, sin dar importancia a su presencia.

—Dos tostadas y naranja natural, por favor.

Era un pasillo largo, interminable, alumbrado con

resplandecientes focos colocados en el techo.

Las paredes parecían metálicas y todo el reducto daba la impresión de ser un bloque compacto, sin fisuras.

Wilmer Matthau se echó a un lado, al abrirse una puerta, para dejar paso franco al profesor Harnish.

Penetraron en un cuarto más alegre, pintado de blanco y que incluso mostraba sorprendentemente algunos cuadros de poca calidad pintados al óleo.

La puerta se cerró tras los tres hombres que les custodiaban.

Dos de ellos se sentaron en sendos taburetes colocados estratégicamente dentro de la reducida habitación mientras el tercero permanecía de pie.

—Tal vez les agrade conocer al doctor Avoine.

Burgess Harnish entrecerró los ojos.

En un rincón, tumbado en un camastro, había un hombre de unos sesenta años, muy pálido y con el pelo totalmente encanecido y muy largo.

Acababa de levantarse al darse cuenta de que no era una visita de rutina y permaneció sentado en el borde del lecho, mirándoles a todos con gesto de sorpresa.

Estaba delgado hasta la saciedad, con grandes ojeras remarcando sus ojos claros, cubiertos de arrugas, y expresión desorientada en la que destacaba un brillo de alucinación.

—¿Qué quieren?

Burgués Harnish se aproximó al lecho, alcanzando las manos del hombrecillo.

—¿Doctor Avoine? ¿El doctor Francini Avoine, de Tolouse?

—Yo soy.

—¡Santo Dios!

—¿Me conoce?

Apenas se escuchaba su voz.

Era como un murmullo ronco y desagradable.

—He oído hablar mil veces de usted, doctor, pero nunca tuve la gran suerte de verle en persona para cambiar impresiones.

—¿Quién es usted?

Burgués Harnish se presentó visiblemente excitado por el increíble encuentro.

Francini Avoine, doctor en medicina y uno de los grandes

expertos en arqueología del país europeo, tenía numerosos escritos y había dado innumerables conferencias sobre el misterioso tema de las civilizaciones americanas.

Y legalmente era ya un hombre desaparecido y dado como muerto en una de sus expediciones al Brasil.

—Siento tener que conocerle en estas condiciones, profesor Harnish...

Dentro de la habitación había también una gran mesa de trabajo y algunas estanterías repletas de librotos.

Y montones de legajos cubiertos por la letra menuda y nerviosa del hombre que ahora mostraba indicios racionales en su mirada, de no haber perdido la razón entre aquellas cuatro paredes.

—¿Qué es esto? ¿Ha estado trabajando todo este tiempo?

Burguess Harnish se había precipitado sobre la mesa y la entonación de su voz mostraba una enorme alteración.

—He hecho algunas cosas...

—¿Qué conclusiones ha sacado de todo esto?

Francini Avoine volvió a sentarse en la cama y miró con recelo a los guardianes que permanecían dentro de la habitación.

—Tal vez deseen estar solos unos minutos...

No hubo respuesta, pero los dos hombres que habían permanecido sentados en los taburetes colocados en la entrada se levantaron al unísono como si ya hubiesen recibido una orden.

Se quedaron solos, expectantes.

—Cuénteme doctor Avoine. Debe tener muchas cosas interesantes en esos pliegos.

El hombre dio un respingo y hundió los hombros como, si hubiese perdido repentinamente las últimas energías.

—Estoy muy cansado...

Wilmer Matthau se adelantó al profesor Harnish y su egoísta interés científico.

—¿Se encuentra mal?

—No.

—¿Cómo le tratan?

Francini Avoine alzó la cabeza para mirar con especial agradecimiento al joven que le sujetaba por los brazos.

—Bien, bien...

Bhe Shields se aproximó también.

—Quizá deba descansar un rato...

—No, no es preciso. Puede que sea la emoción de ver unas caras diferentes a las de otros días. ¿Cómo es que han llegado hasta aquí?

—Nos sorprendieron en la selva —concretó Wilmer Matthau, reprendiendo al profesor Harnish con la mirada por estar pendiente de los papeles del prisionero.

—¿Americanos?

—Sí, doctor.

—Deben tratar de escapar. Es preciso que lo hagan. De lo contrario se pudrirán aquí para el resto de sus días.

Bhe Shields se humedeció los labios.

—¿Esos hombres, doctor?

—Son alemanes.

—¡Eso ya lo sabemos!

—Es muy largo de contar.

Hablaba cada vez más despacio y su voz se hacía casi inaudible.

Wilmer Matthau le ofreció agua de una jarra cercana.

—Gracias.

—Si quiere hablaremos otro día en que nos dejen verle.

—Ya me encuentro mejor.

Hablaba un inglés fluido, fácil.

—¿Cuándo llegaron aquí?

—Hace sólo unos días.

—Yo llevé más de tres años recluido aquí, aunque me dejan salir de vez en cuando.

—Las tumbas que hay...

—Son mis ayudantes, hombres que formaban parte de la expedición. La mayoría eran jóvenes como ustedes dos y arriesgaron por su libertad la vida.

—¿Les mataron?

Francini Avoine movió los labios muy débilmente.

—Sí.

—¿Por qué? —se excitó Wilmer Matthau sin desearlo—. ¿Por qué no desean que alguien salga vivo de este lugar? ¿Acaso están locos?

—No. Todos son hombres conscientes y algunos de gran formación intelectual y científica.

—No puede ser, doctor Avoine. Tienen que estar forzosamente

locos de atar.

—Tienen sus motivos.

—¿Motivos?

Bhe Shields había intervenido sin poder disimular su estupor.

—Hay dos hombres que destacan especialmente y que tienen bien organizada esta pequeña comunidad. Yo he hablado con ellos en muchas ocasiones para tratar de convencerlos, pero ha sido inútil.

—¿Por qué están aquí?

¿Qué buscan en este lugar?

—Ninguno tiene por la arqueología especial interés y sólo se debe a la casualidad que descubriesen estas ruinas. Y aquí han construido una pequeña ciudad, con muchos adelantos modernos. Sin ayuda de nadie han conseguido grandes avances técnicos y viven tranquilos.

—Pero...

—Son nazis. Nazis fanáticos. ¿No han visto que todavía llevan en sus antebrazos la cruz esvástica? Si un día consiguieron olvidarla, ahora han resucitado ese símbolo con toda la fuerza de su odio.

—Sigo sin entenderlo.

Francini Avoine bebió otro trago de la jarra y se levantó, ayudado por Bhe Shields.

—Pagan el tributo de una guerra perdida hace muchos años. Todos estos hombres, al menos su mayoría, se refugiaron en Brasil y trajeron sus familias de Alemania. Muchos están casados y tienen incluso hijos.

Wilmer Matthau parpadeó confundido, pero guardó silencio para no interrumpir la narración del arqueólogo.

Hubo una pausa para tomar un pequeño respiro.

—Hace ya diez años los aliados resucitaron algunos expedientes incoados contra alemanes que había desaparecido o huido de su país de origen. Algunos, muchos, fueron localizados en Brasil tras largas pesquisas y se pidió la extradición.

—¿Criminales de guerra?

—Exacto.

—Pero...

—Algunos fueron capturados, pero otros tuvieron la fortuna o la

mala suerte de poder evadirse y refugiarse en esta selva en la seguridad de que no serían encontrados jamás.

—Cambiaron una cárcel por otra, ¿no?

—Según me mire —comentó el doctor Avoine, con gesto más reposado y algo repuesto—. Aquí tienen cierta libertad, se mueven en un limitado círculo de acción, pero escriben cartas a sus familiares, incluso salen con alguna frecuencia para adquirir todo aquello que puedan precisar para cubrir sus necesidades.

—Sus familias saben que...

—No. No saben dónde están. Mandan las cartas desde distintos lugares. Unas veces desde Masnau, otras desde Santarem y en ocasiones mucho más lejos.

—¡Es una locura!

—Yo creo que una forma de vida más aceptable que una sórdida cárcel controlada por los aliados. Spandau es un recuerdo y una amenaza desagradable.

—Me temo que esa comparación es exagerada, doctor. Probablemente ninguno de estos hombres hubiese sido condenado a cadena perpetua.

—Puede ser, pero veinte o treinta años de prisión significan ya la vida entera teniendo en cuenta sus edades.

Wilmer Matthau respiró hondo y sacudió la cabeza.

La narración del doctor Avoine resultaba fantástica, una aventura sin precedentes.

Bhe Shields quiso ser objetivo.

—Ha pasado ya mucho tiempo desde que concluyó la guerra, probablemente ni siquiera les busquen ya, doctor Avoine. Y en mi opinión resulta ridículo que esos hombres se aferren a unos hechos y circunstancias que estarán archivados en cualquier oficina militar olvidada.

—Sus familias no han dejado de ser vigiladas.

—¡Es absurdo!

—Pero real. Y supongo que si no fuese cierto ellos habrían abandonado este lugar hace ya mucho tiempo para vivir como hombres normales.

—Usted ha dicho antes que son fanáticos.

—Tampoco me cabe la menor duda sobre esa apreciación, pero está, hasta cierto punto, justificada plenamente. Son hombres

relegados y atormentados por los recuerdos, seres humanos que una sociedad rencorosa desea aniquilar y es lógico que reaccionen usando las mismas armas: el odio. La cruz esvástica que llevan en sus ropas es el emblema de una resistencia natural, el símbolo de sus vidas maltratadas.

—Yo creo que están locos.

—¿Por qué no dejan salir a nadie de aquí? ¿Por qué defienden su limitada libertad matando si es preciso?

Wilmer Matthau miró al doctor con fijeza.

—Cualquiera que le escuchase pensaría inmediatamente que les defiende, doctor.

Francini Avoine respiró hondo para calmar la excitación provocada por el rápido diálogo.

Luego, moviendo la cabeza de un lado para otro con ademán pesimista, dijo en tono más reposado.

—No, no les defiendo. Simplemente he llegado a comprenderles como médico y especialista en psiquiatría. Ellos tienen una razón desesperada, pero razón al fin y al cabo. Y nadie les convencerá de lo contrario.

—Debemos intentarlo —apuntó Wilmer Matthau—. Tal vez prometiéndoles que guardaremos silencio, que no diremos nada...

—Es inútil. Para ellos somos parte de la sociedad que desea exterminarles.

Bhe Shields inclinó la cabeza y mostró un repentino desánimo.

A las palabras del doctor Avoine había que unir una realidad insoslayable.

El recuerdo de Floriano Linhares, brutalmente acribillado al intentar huir, y las tumbas de los componentes de la expedición francesa que años atrás habían penetrado en la selva para no regresar jamás.

CAPÍTULO VIII

ERA un calor fuerte, agobiante.

Tan insoportable que el propio Juan Pessoa sudaba copiosamente y mostraba sus ropas húmedas bajo los sobacos, pese al hecho de no tener un gramo de grasa y estar acostumbrado a las altas temperaturas de aquella zona del país.

Habían cesado las lluvias, pero de la profundidad de la tierra, de las oscuras entrañas de la selva, surgía una especie de bocanada caliente que se unía al demoledor acoso del sol.

Mosquitos, umbría, silencio.

—¿Cómo se encuentra?

Shelley Harnish dejó escapar un instintivo suspiro y miró a Wyatt Davenport con una sonrisa apagada.

Estaba apoyada en el tronco de una «jarina» y su semblante atractivo reflejaba fielmente su sufrimiento físico.

—Bien...

—Me temo que no debimos dejarla venir con nosotros, señorita Harnish.

—No se preocupe. —Llegaré hasta donde sea necesario.

Tenía los pies molidos después de haber dejado atrás millas y millas de un camino ya desbrozado por el filo de los machetes y que demostraba sin lugar a dudas que la expedición científica del profesor Harnish había pasado selva adelante por aquellos vericuetos.

—¿Un cigarrillo?

—No sé cómo puede fumar tanto con este calor...

Wyatt Davenport se encogió de hombros interpretando las palabras de la muchacha como una negativa a su ofrecimiento.

Desde que habían salido de las orillas del río Tapajoz se había

convertido en un celoso guardián de Shelley Harnish.

Y un admirador insaciable de sus encantos.

El agente encendió un pitillo y echó un vistazo a su alrededor.

Había restos de un campamento improvisado.

Algunas latas de conserva, ramas tronchadas, señales de fuego en las quemaduras de la tierra.

—Han debido pasar por aquí, ¿verdad?

—Sin lugar a dudas, y no deben estar muy lejos.

—¿Qué les ha podido ocurrir?

Wyatt Davenport se encogió de hombros muy a su pesar.

—Espero que no tardaremos en saberlo.

Juan Pessoa, al margen de los dos jóvenes, con su clásico gesto contrariado reflejado en el rostro, paseaba de un lado para otro del abandonado campamento, analizando todos los objetos que encontraba a su paso en un minucioso análisis.

Y más allá, esparcidos, en una labor semejante, estaban Burton Page, Karl Woermann, unido finalmente a la expedición pese a la tenaz oposición de Juan Pessoa, y dos negros corpulentos que les habían acompañado como punta de lanza en su penetración en la selva.

Siete personas.

Siete seres en busca de un secreto fabuloso y unos nombres desaparecidos.

El camino desbrozado que habían podido seguir con relativa facilidad, en pos del profesor Harnish y sus nombres, concluía en aquel lugar y desde la base de operaciones que indudablemente representaba el campamento se podía apreciar fácilmente que los componentes de la expedición habían investigado en distintas direcciones, abriendo nuevos senderos a fuerza de constancia y machetes.

Burton Page se acercó a su compañero, quitándose el sudor que le resbalaba por la frente.

—No hay la menor duda que éste es el primer campamento que montaron con mucho cuidado —comentó con voz cansada—. Es posible que estuviesen ya cerca de su objetivo y que desde aquí trabajasen aisladamente o en grupos reducidos.

Wyatt Davenport permaneció pensativo.

—Y hubo un momento en el que no regresaron ¿verdad?

—Sin lugar a dudas.

Juan Pessoa se acercó a verles dialogar.

—Me temo que nuestra labor empieza a complicarse.

—¿Por qué lo dice?

—Ya no hay un solo camino como hasta aquí. Pueden haber seguido cualquier dirección de las que se aprecian y con ello obligarnos a permanecer en la selva muchos más días de los que esperábamos.

—Eso tiene fácil solución, Pessoa.

—¿Dividirnos?

—Por supuesto.

—No me agrada mucho la idea. Desconocemos lo peligros que encierra esta parte de la selva y nos arriesgamos mucho más si nos separamos en varios grupos.

—¿Podemos, acaso, hacer otra cosa? Hemos llegado hasta aquí y es preciso continuar por encima de todo.

—No me gusta nada todo esto y tengo la responsabilidad de dos hombres que nos acompañan sobre mi conciencia señor Page. Y no me gustaría que les ocurriese algo irreparable.

—Se olvida de nosotros y de usted, Pessoa.

Wyatt Davenport se mostró irónico en su comentario, consiguió que la mirada del brasileño reflejase irritación, disgusto.

—Ya conoce de sobra mi opinión sobre este desagradable, absurdo y hasta estúpido asunto, señor Davenport. Les ayudo siguiendo instrucciones de mis superiores, pero en modo alguno lo hubiese hecho de poder tomar decisiones por mi parte. Nunca me ha gustado sufrir las consecuencias de actos irreflexivos de otras personas y el profesor Harnish no ha demostrado un ápice de cordura.

—Hemos tratado ese tema suficientemente, Pessoa —intervino Burton Page, con gesto lacónico—. Y discutiendo no resolvemos absolutamente nada.

—¿Qué pretenden?

—Formar tres grupos entre nosotros seis. Wyatt y Karl pueden ir con sus hombres y usted y yo formando el último.

—¿Y la señorita Harnish?

—Es probable que esté más segura aquí que en otro lugar.

—Puede resultar peligroso dejarla sola.

Shelley Harnish, visiblemente afectada por la inflexible posición del brasileño, reaccionó inmediatamente.

—Me quedará sola el tiempo que sea necesario.

Juan Pessoa apretó las mandíbulas y consintió con un fuerte respingo.

—Está bien, pero no piensen ni por lo más remoto que vamos a permanecer indefinidamente en este lugar. Tan pronto como hayamos recorrido esos senderos mis hombres y yo nos pondremos en camino de regreso y están en absoluta libertad de hacer lo que quieran.

—Perfectamente.

Wyatt Davenport volvió a preocuparse de la muchacha.

—¿Está segura de que quiere quedarse?

—Segura.

—Ocurra lo que ocurra no salga de aquí. Instale una tienda y espérenos. Volveremos antes de que anochezca.

—Suerte, Wyatt. Y gracias otra vez.

El agente respiró hondo y les tres grupos se movilizaron al poco tiempo en direcciones distintas.

Y horas después, antes de que hubiese anochecido Wyatt Davenport y el hombre que le acompaña tropezaban en su lento y precavido avance con una brusca depresión del terreno y algunas formaciones de tipo rocoso incrustadas entre la abundante maleza.

Era un lugar extraño, agreste y sobre todo muy diferente en comparación con las millas y millas de selva dejada atrás.

—¡Señor Davenport!

Wyatt Davenport notó una especial entonación en la pronunciación de su nombre y se volvió con rapidez.

—¡Mire!

Tierra removida.

Y oculta bajo un montón de maleza reseca.

Un lugar en el que los pies se hundían sorprendentemente.

El agente se agachó y palpó el suelo con ambas manos.

—¿Qué le parece?

Wyatt Davenport no dio una respuesta, pero se incorporó sobrecogido por un atroz pensamiento.

¡Una tumba!

¡Una fosa común a juzgar por sus proporciones!

Al día siguiente, antes de que hubiese amanecido, reunidos todos los miembros de la expedición, azadones y palas pusieron al descubierto los cuerpos ya corruptos de cuatro hombres.

Cuatro indígenas que mostraban en sus carnes podridas huellas de haber sido ametrallados bestialmente.

Era sin duda alguna un hombre cansado.

Un ser humano envejecido prematuramente y que había perdido su última sonrisa muchos años atrás.

Tenía el pelo crespo y encanecido, la cara cubierta de profundas arrugas y los ojos dominados por una tristeza sin expresión, enormemente opacos.

—¿Ocurre algo, Albretch?

—No.

Fue una negativa débil, forzada...

—Siéntate.

Albretch Woermann obedeció en silencio, desplomándose con ademán abatido sobre una silla, para situarse frente al hombre que le analizaba con detenimiento.

Era probable que todavía no hubiese cumplido los sesenta años, pero daba la impresión de tener muchos más sobre sus huesos descalcificados y salientes.

—¿Estás cansado?

Tardó en responder.

—No es la expresión exacta. Puedo resistir mucho más. Ya son muchos años para claudicar ahora...

—¿Qué te pasa entonces?

Albretch Woermann se encogió de hombros, rehuendo la mirada del hombre que le interpelaba con tono amable.

Tenía la mirada fija en sus pies, la espalda encorvada y el cuello hundido.

—Estoy preocupado.

Rudolf Kordt dio un respingo y cambió inmediatamente el acento bondadoso de su voz.

—¿Por qué no eres sincero?

Se produjo un silencio.

Luego, sin levantar la cabeza, Albretch Woermann dejó escapar la pregunta que le quemaba la garganta como si fuese fuego.

—¿Qué va a ocurrir con esos hombres?

—¿No lo sabes tú?

—No me gustaría que...

—Escúchame Albretch. Sabes de sobra que eso depende de ellos. ¡Exclusivamente de ellos! Y no hay razón para que te preocupes.

—Dos son muy jóvenes todavía. Y me recuerdan en cierto modo a los hombres que un día llegaron aquí acompañando al doctor Avoine.

—¿Eso es todo?

Albretch Woermann hizo un esfuerzo de voluntad para proseguir con el tema.

Su voz sonaba hueca, vacilante...

—Se rebelarán tarde o temprano. La libertad es algo que no tiene precio y que todos nosotros conocemos en su incalculable valor. Intentarán huir, Rudolf...

—¿Y qué?

Fue una respuesta sonriente.

Una pregunta mordaz y brusca.

—No...

—Si pretenden escapar les ocurrirá lo mismo que al nativo que trajeron con ellos, Albretch. Sabes que no tenemos otra elección. Y no quiero que pienses ni por lo más remoto que vaya a fiarme de sus estúpidas promesas de guardar silencio.

—Tal vez no pretendan engañarnos.

Rudolf Kordt mostró indicios de desesperación.

—¡Parece mentira que tú digas eso! Que te fíes de las promesas de sucios capitalistas que todavía nos odian. Si les dejamos ir —añadió en un tono más reposado— no tardaremos mucho tiempo en tener tras nuestra pista a policías de todos los países e incluso agentes del Servicio Aliado de Inteligencia. Y llegarán hasta aquí con tal de mandarnos al presidio que más les apetezca.

Albretch Woermann se hundió aún más en la silla que ocupaba, apabullado por la vehemencia de su compañero.

Y su voz fue un susurro, como una letanía rezada en voz baja.

—Hace ya tanto tiempo. Está todo tan lejano...

—Eso es cierto. Pero no se trata de una pesadilla interminable, Albretch. Es la amarga realidad de nuestros destinos. Viviremos aquí hasta que no quede rastro de todos nosotros.

—Si nos hubiésemos dejado apresar cuando nos localizaron es

posible que a estas alturas ya fuésemos todos libres, Rudolf. Creo que cometimos un grave error.

Rudolf Kordt dejó escapar un suspiro de resignación.

—Ésa es una simple suposición, una debilidad. Aquí tenemos todo cuanto un hombre puede desear, Albretch.

No era cierto.

Faltaba el calor olvidado de una familia.

La verdadera libertad.

La promesa de un día venidero que fuese diferente.

Muchas cosas a las que habían tenido que renunciar para conservar la vida o cuando menos para no extinguirse día tras día rodeados por los muros de una lóbrega prisión aliada.

Y para conservar su orgullo de hombres.

Y de nazis.

Albretch Woermann enarcó las cejas y tuvo el atrevimiento de no claudicar ante los eternos argumentos fanáticos de Rudolf Kordt.

—No sólo me preocupan esos hombres. Temo que les estén buscando, que encuentren este lugar... Las autoridades francesas aceptaron hace años la versión burocratizada que les ofreció Juan Pessoa, pero puede suceder que ahora no ocurra igual. Los americanos son diferentes, más tenaces, y las pruebas están en esos dos agentes del F.B.I., que se han desplazado. Si insisten en investigar por sus propios medios, si nos localizan...

—Perecerán, Albretch. ¡Eso es todo!

—Y volverán otros.

Rudolf Kordt se levantó, dio un rodeo para eludir la mesa y puso su mano izquierda sobre el hombro desfallecido de Albretch Woermann.

—Siempre fuiste un pesimista...

—No es pesimismo. Es un grave problema con el que es posible que nos tengamos que enfrentar tarde o temprano. Y entonces no seremos juzgados como simples criminales de guerra torturados por los recuerdos y apoyados por la opinión pública de los pusilánimes.

—Tú mismo has puesto el dedo en la llaga, Albretch. Si nos encuentran, si algún día nos detienen, tendremos que rendir cuentas de los hombres que yacen enterrados entre estas ruinas. Pagar por los científicos franceses que aniquilamos y los indígenas que siguieron el mismo camino.

—Tiene que haber una solución, tenemos que buscarla antes de que sea demasiado tarde.

—¿Poner a esos hombres en libertad? ¿Dejar una espada a Damocles colgada sobre nuestras cabezas?

—Creo sinceramente que no dirían nada, Rudolf. El doctor Avoine es un buen hombre, nos comprendido casi desde el principio.

—¡No estés tan seguro!

Albretch Woermann se levantó también.

Tenía el rostro cubierto de sudor y sobre todo una expresión de angustia.

—Podemos dejarles ir y luego buscar otro lugar. Esta selva es enorme, Rudolf. Habrá cientos de sitios donde podamos...

—¡No darán con nosotros!

—¿Qué garantías tienes?

—Sabes que a Juan Pessoa no le interesa en modo alguno que seamos localizados. Forzosamente saldría a relucir la colaboración prestada a muchos alemanes para ocultarse de los Servicios Aliados de Inteligencia a cambio de fuertes sumas de dinero.

—Pessoa no es infalible ni su posición significa una sólida garantía. Si esos yanquis se empeñan...

Rudolf apretó los puños con vehemencia.

Su rostro sanguíneo mostraba una excitación peligrosa que inflaba excesivamente su yugular.

Se dominó a duras penas, dando algunas zancadas a través de la habitación.

Pese a los años transcurridos todavía se apreciaba fácilmente su soberbia de militar acostumbrado a mandar, su fanatismo de hombre seguro e incapaz de razonar bajo el influjo de juicios ajenos.

—Me fastidia tener estas discusiones contigo, Albretch. Hemos sido uña y carne durante muchos años, hemos conseguido cuánto poseemos a base de sacrificio y camaradería.

—Y es muy posible que los dos, que todos nosotros, nos hayamos equivocado. Cada día que pasa, cada minuto, pesa ya como una losa abatida sobre las espaldas. Y estoy seguro de que ninguno de nosotros será capaz de soportar todo esto hasta el final sin que nos volvamos locos.

Albretch Woermann había vuelto a sentarse y permanecía inclinado hacia adelante y con las manos apoyadas en las rodillas.

Se produjo una larga pausa.

Un silencio pesado y dramático.

—Debes descansar un rato, Albretch. Y no preocuparte. Pessoa me aseguró su intervención cuando estuve en Santarem. Esos americanos no aparecerán por aquí y por tanto estamos haciendo vanas elucubraciones.

—Cuando regresaste no estabas tan seguro...

—Tengo algunos hombres ojo avizor por si acaso, pero debes desechar esa posibilidad. No ocurrirá nada.

—¿Y el profesor Harnish y sus ayudantes?

—Déjame ese problema a mí.

Albretch Woermann dejó escapar un suspiro y volvió a incorporarse.

Había sido vencido.

Derrotado una vez más por Rudolf Kordt y su personalidad absorbente e inflexible.

—Como quieras.

Caminaron juntos hacia la puerta.

—Procura descansar como te he dicho antes. Estoy seguro que después te encontrarás más tranquilo y pensarás de forma distinta. Esto que hoy te sucede es natural, Albretch. Al fin y al cabo sólo somos seres humanos...

—¿Tú también?

Rudolf Kordt palideció ligeramente, pero luego sonrió sin darle importancia a la brusca pregunta.

—Yo también, Albretch. ¡Yo también!

CAPÍTULO IX

SONARON golpes en la puerta.

Albretch Woermann se movió en la cama al oírlos y expresó en su semblante el disgusto que le producía la llamada.

Estaba padeciendo un fuerte dolor de cabeza.

La inevitable y dolorosa jaqueca que le acosaba violentamente después de haber sufrido una excitación nerviosa.

A oscuras, palpando en torno suyo, se incorporó gruñendo y pulsó el interruptor de la luz.

Luego abrió la puerta.

Franz Grabowsky, corpulento y de singulares facciones arias, le miró con gesto adusto.

—Lo siento, Albretch.

—¿Qué ocurre?

—Algo que todos estábamos esperando. Hemos sorprendido a un grupo de siete personas junto a la muralla.

Albretch Woermann abrió más los párpados contraídos bajo el influjo de la luz y respiró hondo, curvando aún más su espalda.

Sin decir palabra, agobiando por lúgubres pensamientos, retornó junto a la cama y adecentó sus ropas, colocándose una pistola al cinto.

—¿Dónde están?

—Encerrados. Habían descubierto la tumba de los indígenas y merodeaban por los alrededores del pasadizo. Te he llamado por si deseas verles ahora.

—¿Son...?

—Probablemente. Hay tres hombres jóvenes, dos negros y una mujer. Y está con ellos Juan Pessoa.

—¿Pessoa?

—Así es. Sólo tuve la ocasión de verle una vez hace muchos años, pero no le he olvidado.

—¿Lo sabe Rudolf?

—Está avisado.

Siete personas.

Y con cada una de ellas un grave problema.

Albretch Woermann terminó de ajustarse la pistola a la cintura y luego se abotonó la especie de guerrera que vestía.

—Esto se termina, Franz.

Franz Grabowsky guardó un hermético silencio antes el comentario pesimista de su camarada y apagó la luz antes de salir.

Caminaron juntos a lo largo de un estrecho pasillo.

Y encontraron a Juan Pessoa, flanqueado por otros dos alemanes, en dirección contraria.

Albretch Woermann se detuvo junto al brasileño.

Luego interpeló a los dos hombres que le conducían.

—¿A dónde le lleváis?

—Rudolf quiere verle.

—No me recuerda, ¿verdad?

Juan Pessoa, manteniendo a duras penas la serenidad, negó con la cabeza.

Era cierto que no le recordaba, había ayudado a numerosos criminales de guerra nazis para poder concretar cada rostro después de tantos años como habían transcurrido.

Y sin embargo, pese a su desorientación, mostró su interés repentino y ansioso.

—Usted...

—Yo llegué a Santarem junto con Rudolf Kordt. Fuimos los primeros alemanes que ayudó...

—Lo siento.

Albretch Woermann cerró los ojos y asintió con la cabeza en dirección a los hombres que custodiaban al brasileño en una muda orden para que prosiguiesen su camino.

Franz Grabowsky abrió una puerta pintada de gris y dejó paso franco a su camarada.

Era un recinto amplio, de paredes lisas y sin adornos.

Un banco de madera corrido, colocado enfrente de la puerta, era el único mueble visible.

Y seis rostros.

Seis prisioneros condenados a vivir perennemente en aquella hondonada húmeda y calurosa si tenían la suficiente sensatez para no intentar escapar.

—Sal y déjanos solos, Franz. Te llamaré si es preciso.

El corpulento alemán se retiró inmediatamente poniendo de manifiesto que en aquella extraña civilización de hombres cruelmente perseguidos existían también jerarquías.

Albretch Woermann se apoyó en la puerta y fue mirando uno por uno a los presos.

Tenía la boca reseca por los efectos de las medicinas que le ayudaban a soportar benigneamente la jaqueca y los ojos muy hinchados.

Se fijó en la mujer primero, luego en los indígenas, sin prestarles mucha atención y finalmente en los tres hombres jóvenes y de agresiva constitución física.

Y tuvo la impresión de recibir un fuerte golpe.

Como un mazazo brutal aplicado entre ambos ojos que repercutiese hasta la región occipital del cráneo, atravesando los recuerdos, el cerebro y los huesos.

Karl Woermann se levantó muy despacio, como si le pesasen las piernas y no pudiese mover libremente los músculos.

Hacía ya muchos años.

Más de diez.

Pero pese a la distancia en el tiempo, pese a su corta edad de entonces, tenía todavía grabada en su memoria el recuerdo físico y moral de su padre desaparecido.

El hombre que ahora estaba dentro de aquella habitación, enormemente envejecido, casi irreconocible...

Los dos hombres se miraron fijamente durante unos segundos, sin pronunciar palabra, sin atreverse a despegar los labios, fielmente reflejadas sus respectivas impresiones de asombro.

Albretch Woermann se recuperó con mayor rapidez, quizá porque sus dudas eran más profundas y temía estar sufriendo una alucinación o simplemente dejando paso a unos deseos recónditos y utópicos.

¡No podía ser su hijo!

¡Era una maldita pesadilla!

—¿Cómo te llamas?

Fue una pregunta instintiva, impremeditada.

—Karl. Karl Woermann.

La saliva agria y seca.

Las sienes palpitando atrozmente.

La jaqueca recrudeciéndose.

Albretch Woermann tuvo que apoyarse más en la puerta para poder resistir la dura emoción sin que le fallasen las piernas y se desmoronase sobre el suelo del recinto.

Sacudió la cabeza dos o tres veces, con fuerza, hasta con furia...

Deseaba borrar de sus retinas aquella imagen, aquel reflejo joven de su propio cuerpo, darse cuenta de que estaba, como tantas otras veces, tumbado en su cama, a oscuras...

Pero la figura de Karl Woermann, la presencia viva del pasado, no desapareció sino que se acercó más y más, como si deseara acosarle contra la pared.

—No, no...

Era incapaz de hablar, de expresarse.

Karl Woermann hizo un esfuerzo de voluntad, pero la garganta se encrespaba en un sollozo que no podía evitar.

—Soy Karl... ¡Karl!

—¡No es posible! ¡No puede ser verdad!

Estaban juntos, con las respiraciones confundidas.

Wyatt Davenport rompió la escena con su intromisión repentina.

—¡Señor Woermann!

—¿Qué quiere?

La pregunta tuvo un matiz estúpido.

—Escúcheme.

Albretch Woermann sudaba copiosamente, sin moverse, casi asustado...

Y sin fijarse en otra cosa que no fuese su hijo, aquel hombre atlético y sano que le miraba con una sonrisa angustiada, estremeciéndose una y otra vez sin poder evitarlo.

—Es necesario que hablemos, que nos ayude...

—¡No!

Retrocedió de pronto, apartándose a un lado.

Y luego gritó sin dominio de sus nervios, descentrado, como si se hubiese vuelto loco.

—¡Franz! ¡Franz!

Burton Page le cogió por un brazo.

—¡Cálmese!

—Tengo que salir de aquí, suélteme...

—¿Qué pretende?

Albretch Woermann se humedeció los labios.

Pasados los primeros momentos de estupor, al reaccionar, tuvo una clara y agobiante visión del enorme problema que se abatía sobre su conciencia.

Aquellos hombres, todos, incluido su hijo, estaban irremediablemente condenados.

Condenado a vida o muerte.

Pero de una u otra forma sentenciados para que su propia vida y las de sus camaradas estuviesen a salvo.

Ninguno saldría de allí.

¡Ninguno!

Y de antemano, calculando que aquellos dos hombres eran los dos agentes federales que Rudolf Kordt había conocido, se dio cuenta de que iba a ser coaccionado con la presencia viva de su hijo.

Exigirían su libertad, tal vez la de todos y probablemente sin darse cuenta que le obligaban a una traición monstruosa.

—¡No puedo ayudarles! ¡No puedo!

Se expresaba en un inglés brusco y pobre para que pudiesen entenderle.

—¡Padre!

—¿Por qué has venido? —gritó con desesperación—. ¿Quién te ha mandado venir hasta aquí?

Karl Woermann le cogió por un brazo.

—Te he estado buscando mucho tiempo. Sabía que estabas por esta región. Las cartas que has ido mandando a casa fueron dándome una pista casi segura.

—Has cometido un grave error, Karl.

—Era preciso hacerlo. Tenía que encontrarte.

—¿Para qué?

Fue una pregunta angustiosa.

Habían hablado en alemán, con rapidez y vehemencia.

Burton Page alcanzó a Wyatt Davenport por un brazo para que

no interviniese de nuevo y la sala se vio dominada por un silencio pesado y dramático.

—No puedo hacer nada, Karl. ¡No puedo!

Albretch Woermann estaba llorando.

Era noche cerrada.

Una noche oscura y caliente que dominaba sobre la selva y la hondonada.

Sin estrellas, apacible, muerta...

Albretch Woermann, a solas en su habitación, meditaba una y otra vez con desesperación en la desagradable situación en que se encontraba, buscando una salida, una solución.

Franz Grabowsky había acudido a sus llamadas nerviosas e intempestivas y había salido de la sala en donde estaban los prisioneros sin nuevas palabras, brutalmente afectado, para encerrarse inmediatamente en su dormitorio.

El dolor de cabeza se había recrudecido y estaba dominado por una sensación acentuada de malestar.

Y pensando.

Pensando continuamente, yendo de un lado para otro sin poder contener su excitación nerviosa y llegando finalmente a una sola conclusión.

Una posibilidad.

La única.

Arriesgando su propia vida cabía intentar poner fuera de la hondonada a todos los presos y luego obligar a Rudolf Kordt para alejarse de allí y buscar otro lugar en el que vivir hasta el último minuto.

De aquella forma, aun corriendo el riesgo inevitable de que los presos diesen a la publicidad la presencia de criminales en la selva, ni el gobierno brasileño ni los Servicios Aliados de Inteligencia lograrían localizarles.

Habría cientos de sitios, mil lugares en donde podrían instalarse nuevamente y lograr a base de sacrificio la modernización de las dependencias que ahora ocupaban.

Una nueva ciudad, un nuevo mundo, lejos de aquellas ruinas...

Una civilización para un escaso grupo de hombres fugitivos de su propio destino.

Y para ello, para lograr su propósito, sólo era necesario desafiar

el fanatismo y la cólera de Rudolf Kordt, arriesgar una vida, la suya, que yo tenía irremediablemente perdida desde que la guerra había terminado hacía tantos años.

Y sin traicionar a nadie.

Actuando hasta humanitariamente, aunque su decisión estuviese impulsada por un sentimiento egoísta.

La vida de su hijo, su libertad...

Albretch Woermann permaneció algunos minutos sentado en el borde de la cama, calculando fríamente la forma de operar para conseguir llevar a efecto sus planes.

Tal vez fuese conveniente no esperar mucho tiempo, moverse con rapidez y eficacia.

¿Aquella misma noche?

¿En aquel instante?

Juan Pessoa había mostrado indicios sorprendidos al verle en el pasillo horas antes, sin duda alguna por haber vinculado su presencia inmediatamente con Karl, al darse cuenta del enorme parecido físico de ambos hombres.

Incluso Franz Grabowsky había tenido la oportunidad de percatarse de que algo anormal había ocurrido entre los prisioneros y él durante los pocos minutos en que habían permanecido juntos.

Y una sola palabra, un solo comentario, podía poner en antecedentes a Rudolf Kordt y echar por tierra su actuación.

Se levantó decidido, un poco pálido y tembloroso.

Si era descubierto, si algunos de sus compañeros tropezaban con los prisioneros en la huida...

Pensó también en el doctor Avoine, en Burgess Harnish y sus ayudantes, aislados y ajenos todavía a la presencia de los agentes del F.B.I., y los restantes componentes de grupo capturados horas antes.

Tendrían que salir todos, huir todos...

Y eran nada más y nada menos que once personas que difícilmente pasarían desapercibidas pese a que la vigilancia no era estrecha por estar reclusos en sólidas habitaciones cerradas bajo llave.

Cualquier ruido, cualquier sospecha.

Albretch Woermann notó que estaba sudando copiosamente.

Podía producirse una matanza horrible.

Un asesinato colectivo brutal y desesperante.

Tableteo de ametralladoras, recuerdos de sangre...

Se armó de valor, cerciorándose de que las luces del pasillo estaban apagadas y salió de la habitación dispuesto a conseguir como primer objetivo que todos los prisioneros pudiesen reunirse sin llamar la atención.

Sería el primer paso.

Después...

CAPÍTULO X

TODOS portaban armas automáticas.

Y todos, encabezados por Rudolf Kordt, mostraban en sus semblantes el gesto amargo y violento de una tensión insoportable.

Se esperaba para matar.

Para cometer otro crimen, como si los años no hubiesen transcurrido y el tiempo se revelase contra el tiempo.

Manos crispadas, respiraciones mal contenidas.

Franz Grabowsky dijo en voz baja.

—No saldrán. Albretch entenderá que algo raro sucede...

Era una veintena de hombres arrullados por el silencio y la oscuridad de la noche.

Un grupo de desesperados que componían una civilización extraña y apartada del mundo.

Seres estigmatizados por el odio, abrumados por los recuerdos sangrientos de una guerra que ya sólo era historia escrita con sangre y que había concluido con un Berlín asediado por las bombas aliadas.

Rudolf Kordt guardó silencio ante el comentario de su compañero y oprimió con fuerza el fusil ametrallador que empuñaba.

Como miembro activo de la Gestapo había tenido oportunidad de vivir situaciones semejantes en muchísimas ocasiones y mantenía con admirable entereza el control de sus nervios.

Y sobre todo tenía un extraño y sorprendente sentido de lo que era la conciencia humana.

Todos aquellos hombres que pretendían fugarse al amparo del incondicional apoyo de Albretch Woermann podían haber sido aniquilados en sus propias celdas sin posibilidad alguna.

Exterminados sin riesgos, fríamente.

Y sin embargo, bajo el secreto de la noche, se les daba la oportunidad de vivir, aunque significase una posibilidad remota teniendo en cuenta las armas que les saldrían al paso con el único objetivo de aniquilar sin piedad.

Pasaron los minutos con lentitud desesperante, sin que un ruido alterase el silencio pesado de la noche.

—Estamos corriendo un riesgo innecesario, Rudolf. Pudimos haber resuelto...

—¡Cállate!

Franz Grabowsky acató las órdenes sin un mal gesto, con obediencia significativa.

Todos los hombres allí reunidos le debían a Rudolf Kordt y sus relaciones con Juan Pessoa algo más que la libertad.

Le debían probablemente la vida, aunque sólo fuese una existencia minimizada por la selva en que se habían reunido y el aislamiento casi total que habían aceptado como mal menor para poder subsistir.

Un rumor.

Tal vez pasos.

Rudolf Kordt se estiró instintivamente y el numeroso grupo de hombres, que guardaba celosamente la única salida hacia el pasadizo, tomó posiciones inmediatamente.

Pero sólo surgió un hombre.

Una sombra delgada y encorvada.

Albretch Woermann.

—¡Rudolf!

No obtuvo respuesta.

Y volvió a llamar con voz estremecida.

—¡Rudolf! Sé que estáis ahí.

Rudolf Kordt abandonó su precavida posición para enfrentarse al hombre que le interpelaba y que había sido siempre su lugarteniente en todos aquellos largos años de soledad.

Varios focos luminosos, accionados al mismo tiempo, proyectaron un vivo resplandor sobre la figura del alemán.

Albretch Woermann se llevó ambas manos a la cara para resistir el reflejo de luz y luego parpadeó varias veces para acostumbrarse a la repentina claridad.

—Te has equivocado Albretch. Has cometido un error.

—¡Rudolf!

—No trates de convencerme.

—Tienes que escucharme.

Hablaba a gritos para poder entenderse y salvar la distancia que les separaba.

—Todo lo que tengas que decir lo has dicho, Albretch. Y con tu absurda rebelión sólo vas a lograr que todas esas personas mueran acibilladas esta noche.

Albretch Woermann se humedeció los labios y extendió ambas manos hacia adelante en actitud suplicante.

—¡Franz! ¡Eugen! ¡Sigmund! Tenéis que comprenderme. Vosotros podéis comprenderme.

Nadie se dio por aludido.

—Sólo estás pretendiendo justificar tu miserable actitud, Rudolf. No pretendas inculparme de algo que tarde o temprano hubiese hecho.

Rudolf Kordt encajó la acusación de su compañero con una sonrisa despreciativa.

Llevaba un fusil, un brazalete con la cruz esvástica...

Como antaño.

Como siempre.

—Nadie debe salir de este lugar, Albretch. Nadie.

—Estás loco. Todo el tiempo que hemos perdido aquí no tiene ya significado. Es preciso que afrontemos la realidad de una vez por todas.

—¿Ahora? ¿Después de tantos años?

—Ahora es el momento indicado, Rudolf. Ahora o nunca.

—Nunca, Albretch. Nunca...

Albretch Woermann no se movió pese a la amenaza latente en las palabras de Rudolf Kordt.

Luchaba fanatismo contra fanatismo.

Obsesión contra obsesión.

El fusil ametrallador dejó escapar una ráfaga de metralla bajo la presión de un dedo homicida y las detonaciones produjeron un estremecimiento general.

Se mataba.

Se asesinaba fríamente.

Albretch Woermann retrocedió dos pasos y luego se encogió por la cintura como un muñeco tronchado.

Varios proyectiles le habían alcanzado el vientre.

Se oyó un grito.

Luego casi simultáneamente, los focos se movieron en distintas direcciones buscando nuevas víctimas y dejando el cuerpo abatido de Albretch Woermann sumido en una doble penumbra.

La oscuridad de la hondonada y la oscuridad de la muerte que llegaba a pasos agigantados.

—¡Al suelo!

Burton Page empujó al profesor Harnish mientras un escalofrío de terror le raspaba la espalda.

Todavía resonaba el eco vibrante y estremecedor del fusil ametrallador que Rudolf Kordt había usado sin piedad y los conos de luz eléctrica se desparramaban en mil direcciones distintas.

Wyatt Davenport, superando el miedo a base de encajar los dientes, se dejó caer junto al cuerpo de su amigo, protegiéndose entre la maleza.

—¡Burton!

—¡No dio resultado!

—¡No! ¡Y lo que es peor nos van a matar a todos!

Se produjo un prolongado silencio.

Y luego, brutalmente, algunas armas volvieron a crepitar ensordecedoramente.

Bajo el destello de uno de los focos, con la boca cubierta de sangre, un indígena acababa de levantarse alcanzado por las balas.

Su cuerpo cetrino y nervudo anduvo algunos pasos sin orientación y finalmente cayó de espaldas, con los brazos estirados, en mitad de una especie de sendero empedrado y húmedo.

Wyatt Davenport se pegó materialmente al suelo, desgarrándose las ropas entre la abundante maleza.

Todos estaban tumbados ocultándose desesperadamente, sabiendo que tan pronto como realizasen un movimiento en falso o fuesen descubiertos por los focos, morirían irremediabilmente acribillados por las numerosas ametralladoras.

Se produjeron varias descargas en abanico, buscando en las sombras carne en donde herir, en donde matar...

Un nuevo grito humano... Otra vida...

Y un hombre incorporado, asediado por los resplandores eléctricos.

Burton Page gritó con todas sus fuerzas.

—¡Karl! ¡No se mueva! ¡Ocúltese!

Karl Woermann hizo caso omiso de las advertencias del agente y dio algunos pasos en dirección al cuerpo abatido de su padre.

Milagrosamente indemne, sin un solo rasguño, avanzó como un autómatas hasta situarse junto al cadáver.

Tenía los rasgos de su cara violentados y una expresión febril en su mirada clara.

Y se agachó, ajeno e indiferente a las armas que ya le apuntaban, produciendo con su inconsciente actitud un movimiento de retroceso instintivo en las filas de los hombres que encabezaba Rudolf Kordt.

Ni una detonación.

Ni un ruido.

Karl Woermann permaneció unos segundos en cuclillas y luego se levantó muy lentamente, con lágrimas en los ojos y los puños apretados.

Y con la pistola de su padre empuñada en la mano derecha.

—Karl. Vuelva aquí. No sea loco.

Wyatt Davenport reaccionó inesperada y rápidamente, al darse cuenta de que el alemán iba a morir inútilmente.

Su figura ofrecía un blanco perfecto y sólo era cuestión de segundos que se produjese una reacción en el grupo de hombres armados, tan pronto como se disipase la perplejidad causada por su insensata acción.

De un salto, proyectándose hacia adelante con toda la rapidez posible, el agente del F.B.I., salvó la distancia que le separaba de Karl Woermann y le derribó acto seguido de un fuerte empujón.

Y sonaron las armas.

Ráfagas de metralla cayeron sobre la zona iluminada y los dos hombres rodaron por el suelo, perseguidos en su trayectoria por los focos y las balas.

Alcanzado en una pierna, con la mandíbula desencajada por el dolor, Wyatt Davenport se apretujó contra una pared rocosa mientras el cuerpo de Karl Woermann quedaba inmóvil a una distancia de tres o cuatro yardas.

Cubierto de sangre, de heridas...

—¡Wyatt! ¡Wyatt!

Con la respiración agitada, temiendo verse enfocado por los haces de luz que recorrían siniestramente la zona, Wyatt Davenport pudo oír los gritos desesperados de Burton Page y descubrir muy cerca la pistola que Karl había arrebatado a su padre.

Se palpó la pierna herida y echó un apresurado vistazo en torno suyo.

Luz, disparos, sangre...

Una escena pavorosa y cruel.

Una noche maldita, un mundo de locos y de fanáticos, impulsados por una razón ciega, atormentados por el miedo y el odio almacenado en sus entrañas de nazis perseguidos.

Todo era una pesadilla, como un sueño voraz sin sentido, dantesco e increíble.

Wyatt Davenport se preguntó absurdamente si todo aquello era posible, si estaba sucediendo en realidad o simplemente se debía todo a una imaginación calenturienta y deforme.

Pero no estaba soñando.

Veía la luz que brotaba de los focos, oía el ruido ensordecedor de las ametralladoras, más gritos que surgían de la maleza.

Y sentía cómo la sangre se deslizaba por su pierna izquierda y se le nublaba la vista.

Sólo un milagro podía salvarles.

Por dos veces seguidas pudo eludir el chorro de luz que le buscaba ansiosamente entre la maleza y los vericuetos rocosos.

Y no esperó más tiempo.

Agachándose, avanzando a rastras, pudo separarse de la cavidad que le había protegido y alcanzar la pistola.

La única arma que poseía.

Su última posibilidad.

Aguantó un vahído, oyó los quejidos de Karl Woermann y pudo descubrir con un sobresalto a varias figuras armadas que dominaban la situación con sus ametralladoras desde una especie de altozano rocoso.

Apuntó sin fe, con desesperación, e hizo fuego dos veces seguidas.

Rudolf Kordt recibió los dos proyectiles en el pecho, abrió la

boca a impulsos del dolor y se desplomó desde su posición, soltando el fusil ametrallador.

Y ya no hubo luz, ni detonaciones, ni gritos...

Wyatt Davenport, al límite de sus fuerzas, se había desmayado.

La cama era metálica y blanca.

Las paredes y las puertas blancas también.

Y por la ventana, a través de las rendijas de las persianas y unas cortinas de gasa, penetraba un sol estriado y pálido.

Era la primera vez que Wyatt Davenport tenía noción exacta de que se encontraba en una tranquila habitación de un hospital de Santarem.

Y que llevaba allí postrado nada más y nada menos que una larga semana.

—¿Cómo te encuentras?

—Después de haberte oído me encuentro mucho mejor, Burton.

—¿No te acuerdas de nada?

Wyatt Davenport arrugó la nariz y se palpó ambas piernas súbitamente excitado.

—No te asustes. Sigues teniendo las dos piernas sanas. Por esta vez has tenido mucha suerte.

Un suspiro de alivio.

Luego una tormenta de recuerdos.

Días y días a través de la selva.

Mosquitos, calor, algunas lluvias...

Los cuidados amables de Shelley Harnish, las largas y monótonas conversaciones del doctor Avoine y el profesor Harnish, sacando conjeturas, hablando de la civilización Nazca, del antiguo reino de Chimó.

—¿Qué ocurrió?

Burton Page encendió un cigarrillo y lo puso entre los labios de su compañero, mostrando una sonrisa apagada.

—¿Cómo te sabe el tabaco?

—Mal. Y no me has contestado.

—Más adelante, Wyatt. Cuando salgas de aquí tendremos ocasión de hablar largo y tendido.

—Pero...

—Te extrañas de que estemos aquí, ¿verdad?

—Por supuesto.

—La enfermera nos echará con cajas destempladas si te molestamos mucho.

—¿Qué le pasó a Karl Woermann?

—Se quedó en la hondonada. Como su padre. No pudimos hacer absolutamente nada. Estaba acribillado...

Wyatt Davenport sacudió la cabeza.

Le resultaba imposible coordinar ideas y escenas pasadas.

Todo estaba confuso, velado...

Y al intentar recordar sólo era capaz de rememorar los puntos trágicos de la dantesca noche dejada atrás.

Los focos, los estampidos...

La boca sonriendo sangre de un indígena también baleado salvajemente, el cuerpo de un hombre cayendo desde el altozano...

—Se marcharon, Wyatt. Desaparecieron en la noche a raíz de que Rudolf Kordt cayese.

—Pero...

—Estarán en la selva, quizá en el mismo lugar, probablemente buscando otro sitio... ¡Dios sabe dónde!

—¡No es posible!

—Sí lo es. Y todos te debemos la vida. Todos menos los que quedaron allí para siempre. Sin tu intervención...

Wyatt Davenport se relajó en la cama y puso un gesto adusto para que Burton comprendiese que no le agradaban los elogios.

Más tarde, cuando se recuperase, llegaría a saber que con Karl y Albretch Woermann, quedaron también entre las ruinas de aquel mundo fantástico Juan Pessoa, un indígena...

Y veinte hombres vivos y martirizados.

Veinte criminales de guerra nazis que Rudolf Kordt había reunido en colaboración con Juan Pessoa para librarles de la enconada persecución de los Servicios de Inteligencia.

Burton Page recogió el pitillo a medio consumir que le tendía Wyatt y lo apagó en un cenicero cercano.

Al otro lado de la cama, muy juntos, estaban Shelley Harnish y Wilmer Matthau, mirándole con sendas sonrisas confiadas.

—¿Quién es éste?

Burton Page se echó a reír con ganas.

—Es ayudante del profesor Harnish. Te presento a Wilmer Matthau.

Wyatt Davenport no se movió.

Su mirada, todavía un poco febril, estaba insistentemente fija en la mano del científico que rodeaba la esbelta cintura de la muchacha.

Luego dio un suspiro y cerró los ojos.

Aquella insólita y dantesca aventura no iba a tener siquiera una pequeña compensación que ya estaba maquinando.

Shelley Harnish le besó en la frente y Burton Page se quedó a solas con su cariacontecido compañero.

—¿Te pasa algo, Wyatt?

—Sí —replicó el herido—. Estoy seguro que delirando le he pedido muchas veces el número de su teléfono.

—Lo siento, Wyatt, pero no tienes suerte. Wilmer Matthau y Shelley Harnish son prometidos y yo tengo una cita para esta noche con una linda persona.

—¿Quién?

—¿No te acuerdas de aquella beldad del avión?

—Sí.

—Tuve el placer de conocerla anoche. Su número de teléfono es...

Wyatt Davenport se quedó dormido.

FIN

FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.

NOTAS

[1] Lo que parece un terrible absurdo es hoy por hoy una simple realidad. Se pueden descubrir ruinas por el procedimiento físico de la fotografía aérea pese a que la zona sobrevolada esté cubierta de espesa maleza. Para ello solo es necesario usar la fotografía con material sensible a los rayos infrarrojos. Dicho sistema ha sido incluso empleado para situar restos sumergidos en lagos o mares.

< <

[2] Pequeña población boliviana, situada a tres mil novecientos metros sobre el nivel del mar. Su nombre goza de una celebridad enorme en virtud de las ruinas descubiertas en las que se observan varios elementos arqueológicos de gran valor que sería prolijo detallar. Destaca la Portada del Sol trabajada en una sola pieza de piedra dura, con una figura central de mayores dimensiones y entre hileras superpuestas de ocho personajes cada una, que están arrodillados y provistos de cetro y máscara. < <

[3] Con el procedimiento «carbono 14», obra del norteamericano William F. Libby, es factible fijar, determinar, la geocronología de los hallazgos pre y protohistóricos y ayuda a definir si son manufacturas de hombres o de la erosión. < <